

Este simpático matrimonio habita un elegante piso de la calle de Lagasca, decorado con exquisito gusto.

Las cabezas disecadas de jabalíes, y los cuernos de venado que adornan el vestíbulo, proclaman las proezas cinegéticas del dueño de la casa en la dehesa de Torralba, propiedad de sus padres, uno de los más espléndidos cotos cordobeses.

La señora de Gamero Cívico es, como se sabe, una bella dama húngara, que habla perfectamente el español. Con ella está pasando una temporada una hermana suya, encantadora por cierto, que también está aprendiendo nuestro idioma.

Asimismo se quedó ayer en casa la condesa viuda de Adanero, y sus amigos íntimos disfrutaron el regalo de admirar su nuevo palacio de la calle de Santa Engracia, alhajado con mucho gusto artístico, según demuestra la gran cantidad de antiguas obras que decoran sus salones.

¿Y quiénes más recibieron, quiénes más? Pues la duquesa de Canalejas, con motivo de ser el santo de su hijo mayor, y el mayor-domo de semana de S. M., señor Baeza. Todos estos salones se vieron muy concurridos y en todos ellos hubo notas muy agradables.

Ha pasado, pues, el día de San José muy animadamente, y nos felicitamos de ello.

Y ya sabes, lector o lectora, lo que constituyó ayer tarde la vida aristocrática madrileña.



Señorita Carmen Bugallal, hija de los condes de Bugallal.

(Fot. Kaulak.)

La Srta. de Bugallal y el señor Fernández Barrón.

CEN la elegante casa de los condes de Bugallal se celebró ayer el enlace de su bellísima hija Carmen Bugallal y Rodríguez Fajardo con el joven abogado don Manuel Fernández Barrón. Ya en el amplio portal se alzaban gentiles las palmeras; ya la balaustrada de la escalera se adornaba con guirnaldas de azahar; ya por los salones nacían las flores de centros de cristal y de plata para festejar a la reina de la fiesta, a la verdadera flor de flores, a la gentil *Carmiña*, que estaba encantadora con sus galas nupciales.

Y fué en el severo despacho del ilustre ex ministro de Hacienda, convertido en capilla, en donde se alzó un pequeño altar, presidido por un bello cuadro de la Purísima y por un magnífico crucifijo de plata; fué allí donde se agolpaban las blancas florecillas entre las luces de los argentados candelabros; fué allí, en aquel reclinatorio, cubierto con un paño de raso azul bordado en oro, donde el obispo preconizado de Sigüenza, hasta ahora párroco de la Concepción, don Eustaquio Nieto, dió su bendición a los nuevos esposos, después de una elocuentísima oración.

Apadrinaron a los novios el conde de Bugallal y la señora de Fernández Barrón, actuando como testigos, por parte de la desposada, el jefe del partido conservador, don Eduardo Dato; el presidente del Congreso, señor González Besada, y su tío don Darío Bugallal, y por la de él, el ex presidente del Consejo marqués de

Alhucemas, el señor Alvarez Mendoza y su tío el señor Fernández Barrenechea. El manto de desposada lo iban sosteniendo dos preciosas criaturitas, hijas de los señores de Bas.

¡Cuántas y cuántas felicitaciones recibieron los nuevos esposos y sus padres y Matildita Bugallal de todos los reunidos en aquellos salones! Porque la concurrencia era muy numerosa y de ella recordamos algunos nombres.

Allí estaban—entre las damas—la duquesa viuda de Terranova, con sus tres hijas las duquesitas de Terranova y Soma y la condesita de Cardona; la duquesa de Noblejas, las marquesas de Torrelaguna, con la señorita de Oñate; Alhucemas y su hija María García Prieto, Garcillán, San Miguel de Híjar, Figueroa, Castellanos, Seijas y su hija Carmen, Argüelles, Alava y Algara de Gres; las condesas de Pardo Bazán, con Carmen Quiroga; Ramiranes, Cortina, viuda de Montarco, Villamonte, Andino, Sierrabella y Casinas; las señoras y señoritas de Barrié, hermana de la condesa de Bugallal; Bugallal (don Darío), Dato, con sus hijas; Urrutia, Díaz Cordovés, García Herreros, Ordóñez (don Mariano), Espinosa de los Monteros, Mojarrieta, Cervantes, Sánchez Guerra, Barroso, González Besada, Cortezo y sus dos hijas, Linares-Rivas, Vázquez de Parga, Sanjurjo, Ojea, Cobián, Usera; Santos Guzmán, Bas, Salvador, Heredia, Pérez del Pulgar, Fernández Laza, Seoane, Príncipe, Merelles, Mompó, Oruña, Reynoso, Canthal, Díez Martein, Sáinz de Vicuña, Spottorno y algunas más.

También estaban el ministro de Gracia y Justicia, señor Barroso; los ex ministros señores Sánchez Guerra, Espada, marqués de Figueroa, Cortezo y Allendesalazar; el presidente del Tribunal de Cuentas, don Senén Canido; el ex subsecretario de Hacienda don Mariano Ordóñez, el conde de Villamonte, el marqués de Castellanos, el de Puerto Seguro, el de Algara de Gres, los señores Seoane, Linares-Rivas, Ordóñez (don Ecequiel), García Herreros, Ojea, Placer, Fernández Laza, Urrutia, Fernández Villaverde y muchos más que no recordamos.

Ayer mismo salieron los nuevos esposos—a los que deseamos una vida llena de venturas—para El Escorial, donde pasarán unos días; después regresarán a Madrid, emprendiendo un viaje por Andalucía.

Los condes de Bugallal y su hija Matilde obsequiaron espléndidamente a sus amigos, dispensándoles amables atenciones.



Este enlace ha puesto de manifiesto las grandes simpatías de que disfruta la familia de la novia. Y cumpliendo lo que dijimos en crónica reciente, apuntamos hoy algunos de los regalos que los amigos de la señorita de Bugallal han depositado en su canastilla de boda.

Comenzaremos—justo es—por los ofrecidos a la gentilísima novia por sus padres, y así diremos que los condes de Bugallal han depositado en la canastilla de su hija un hermoso collar de perlas, dos mantillas blancas de blonda; un cuello blanco, de encaje, de punto a la aguja; un manto y una mantilla de Chantilly y un pañolón y una colcha de Manila.

El novio ha regalado a su prometida un hermoso *pendantiff* de zafiros y brillantes y unos pendientes de zafiros y brillantes *Cabouchon*; la madre del novio, a la señorita de Bugallal, unos magníficos pendientes de perlas; la novia, a su prometido, un alfiler de coelaba consistente en una hermosa perla; los condes de Bugallal, a su futuro hijo, una rica botonadura de perlas y brillantes; la señorita Matilde Bugallal, a su hermana Carmen, un *pendantiff* de rubies y brillantes, y a su futuro hermano político, un precioso reloj de oro, y el novio, a la señorita Matilde Bugallal, un lindo reloj de pulsera de oro y esmalte.

Entre las hermanas del señor Fernández Barrón y la novia se han cruzado también espléndidos presentes.

De la colección de regalos que vimos en los salones del ilustre ex ministro de Hacienda y de su amable esposa, recordamos un precioso juego de café, de fina porcelana, del ex presidente del Consejo don Eduardo Dato y su esposa; una bella lámpara, de porcelana también, del actual jefe del Gobierno y de la condesa de Romanones; una *punchera* de cristal y *vermeil*, de los marqueses de Alhucemas; una panera de *vermeil*, del ex presidente del Congreso señor González Besada; un lindo marco de plata, para retratos, del ministro de Fomento, don Amós Salvador; unas bandejas de plata, de los señores de Sánchez Guerra; un espejo, con marco de plata, del señor Bergamín, y otro espejo, de plata también, para tocador, de los señores de Cobián.

La ilustre condesa de Pardo Bazán ha enviado a la señorita de Bugallal un elegante centro de porcelana; dos soberbias soperas, de plata; los marqueses de Argüelles; un juego de té, de plata, los señores de Luaces; un hermoso juego de lavabo, de plata también, los amigos del conde de Bugallal en Puenteáreas; don Manuel Argüelles, una porcelana de Sevres; dos lámparas de plata, de don Pedro Seoane; una bandeja de plata repujada, los señores de Canthal; un jarrón de cristal y *vermeil*, del señor Díaz Cordovés; un juego de copas de plata, del presidente de la Diputación de Orense, don Emilio Morenza; una lámpara de Talavera, de los marqueses de Algara de Gres; un jarrón, también de Talavera, de los marqueses de Seijas; los señores de Ordóñez, espejo y candelabros de tocador, todo de plata; un centro de mesa, de la condesa de Ramiranes, y otro, de la marquesa de San Miguel de Híjar.

Entre las alhajas, ha recibido la señorita de Bugallal una lanzadera de brillantes, de los señores de Urrutia, quienes también han regalado al novio unos gemelos de oro; una *barreta* de brillantes, de su tío don Dario Bugallal; una pulsera, con un solitario, de don Federico Carlos Bas; un alfiler de zafiros y brillantes, de don Juan Cervantes, y una sortija de rubíes, de la condesa viuda de Montarco.

La actual condesa ha enviado a la novia una elegante lámpara; abanicos antiguos, los señores de Suárez Inclán (don Félix) y el señor Salvatella; un crucifijo y unos candelabros de bronce, don Ecequiel Ordóñez; todos los tapices de la nueva casa de los futuros esposos, don Enrique Placer; un magnífico juego de *stola* y *manguito* de piel, don Modesto Ojea, y muchísimos más, hasta el número de 400, entre ellos una hermosa *chaise-longue*, de los señores de García Durán.

No podemos citar todos los regalos, que llevan el sello del arte de que son capaces J. Díaz y Mellerio y Rozanes y Sanz, que los firman, pero no terminaremos esta nota sin decir que la ropa blanca, dentro de una gran sencillez, muy en armonía con los gustos de esta ilustre familia de los Bugallal, es de una gran riqueza, y que son 10 los vestidos que forman parte del equipo; de ellos, tres regalados por su prometido: el de novia, todo de tul blanco y encajes, salpicado de florecitas de azahar, corto, según la moda; otro gris, para teatro, y otro hechura sastre. El juego de boda va todo guarnecido de encajes de Venecia.



Señorita Margarita Fernández de Villavicencio, hija de la
marquesa viuda de Castrillo.

(Fot. Franzen.)

La señorita de Castrillo y el señor Gamero Cívico.

EL palacio de los marqueses de Larios se vistió de gala anoche para celebrar un grato suceso de familia: la boda de la señorita Margot Fernández de Villaviçencio, hija de la marquesa viuda de Castrillo y sobrina de los de Larios, con don Manuel Gamero Cívico, de muy distinguida familia de la sociedad sevillana.

Tenía este enlace un doble interés; además del natural de todo matrimonio, el de celebrarse en el palacio mencionado, no abierto nunca a las fiestas del mundo porque el estado de salud de la marquesa de Larios no lo permite; anoche mismo no pudo la marquesa presidir la ceremonia por encontrarse en Málaga a causa de su dolencia. ¡Lástima grande que no pudiese presenciarla! Fué un suceso gratisimo al que se unió la sociedad aristocrática.

¡El palacio de los marqueses de Larios y de su tío el marqués del Genal! ¡Qué bella y qué hermosa residencia! ¡Qué encantador marco para una ceremonia de boda, para una fiesta de amor! Todo es allí de una riqueza y de un gusto reveladores de una educación artística exquisita.

No vamos hoy a describir el palacio, más bien alcázar señorial; pero sí vamos a decir que lo primero que llamaba la atención de los invitados era el patio árabe, de grandiosas proporciones, inspirado en la Alhambra granadina. Y era que en este patio, donde se alzaba el altar, todo movía a admiración: los alicatados de los muros,

que reproducen los finos arabescos de las estancias de la Alhambra; sus marmóreas columnas y sus arcos de herradura, que evocan el recuerdo del famoso patio de los Leones; y en artístico contraste con aquella decoración de mezquita musulmana, el símbolo de nuestra Redención, la cruz divina, maravillosamente tallada, surgiendo del fondo de un soberbio tríptico del Renacimiento, cuyas bellísimas pinturas reproducen escenas de la Pasión y Muerte del sublime mártir del Gólgota.

A las diez y media—hora señalada—llegaron los novios; la concurrencia toda los esperaba ya; las notas de un sexteto resonaron dulces, melodiosas, armónicas.

La novia, cuya presencia arrancó murmullos de admiración, vestía elegante traje blanco, adornado con antiguos encajes de Flandes. Cubierta por el blanco velo de tul, ceñida la gentil cabeza con la corona de azahar, que descendía hasta la mitad de la frente, y un gran ramo de la simbólica flor en la mano, recordaba una de las bellas figuras venecianas, trazadas por el pincel de Villegas, en el cuadro *El triunfo de la Dogaresa*.

Al lado de la señorita de Fernández de Villavicencio aparecía su madre, la marquesa viuda de Castrillo, vestida de negro, con un collar de brillantes y un gran hiló de perlas cayendo sobre el pecho.

El novio vestía de frac. Le acompañaba su padre, don Luis Gamero Cívico, que actuaba de padrino.

Detrás se colocaron los testigos, que eran, por parte de la novia, su hermano, el marqués de Vallecerrato y de Castrillo; su tío carnal el marqués del Genal, su primo el duque de San Lorenzo y del Parque, representante actual de la ilustre Casa de Villavicencio, y por parte del novio, el jefe del Gobierno, conde de Romanones; el marqués de Viana, el marqués de La Granja y el señor Parladé.

Se hizo el silencio, y comenzó la ceremonia, diciendo el prelado las palabras del ritual.

Luego, el señor obispo de Madrid les dió su bendición al tiempo que pronunció una plática sentida y elocuente. ¡Con su sabia palabra enalteció el Sacramento del Matrimonio!

Después, en el gran comedor, fué servida una cena espléndida.

Los invitados... no es posible recordarlos todos, pero algunos, sí; acaso los más.

Entre las damas que asistieron recordamos a las duquesas de Medinaceli, Montellano, Torres, Tovar, T'Serclaes, Algete, viuda de Sotomayor y Santo Mauro.

Marquesas de la Mina, Valdeolmos, Mohernando, Scala, Marzales, Pozo Rubio, Valdeiglesias, Ivanrey, Albaicín, Baztán, viuda de Hoyos, Argüeso, Rocamora, Somosancho, Santo Domingo, Viana y Salar.

Condesas de Velayos, Torre-Arias, San Félix, San Luis, Heredia-Spinola, Castilleja de Guzmán, Albiz, Vega del Ren, Buenavista, de la Victoria, Cartayna y Atalaya; baronesa de Meyendorff.

Señoras y señoritas de Arcos, Benemejís de Sistallo, Heredia, Redondo, Parladé, Rodríguez de Rivas, Polavieja, Gamero Cívico (Osborne), Crecente, Velilla de Ebro, Maturana, Portago, Castellanos, Cárdenas, Collantes, Campuzano, Scláfani, Piñeira, Muñoz-Vargas, Lombillo, Bascaran, Barroso, Pérez de Guzmán, Guillamas, Larios y Zavala, Martínez de Campos, Saavedra y Herrero.

También estuvieron los ministros de Gracia y Justicia y de Gobernación; los duques de Santo Mauro, San Pedro, Bivona, Torres, Medinaceli y Montellano; marqueses de la Torrequilla, Narros, Villabrágima, Scala, Torneros, Santa Marta, Mina, San Lorenzo de Valleumbroso, Valdeavellano y Mohernando; condes del Real, Los Llanos, Cimera, Cuevas de Vera, Torre-Arias, Velayos, San Luis, Atalaya y Esteban Collantes; señores Moreno Carbonero, Pérez de Guzmán, Pidal (don Santiago), Mitjás y otros muchos.

Los novios—quiera Dios que sean muy felices—se trasladaron anoche mismo a una finca que los marqueses de Larios poseen cercana a la Casa de Campo, en la que pasarán los días primeros de su luna de miel.



Con motivo de este enlace han sido muchas las personas aristocráticas, amigas íntimas de la marquesa viuda de Castrillo, que han desfilado estos días por su hotel de la calle de Fernando el Santo, con objeto de ver los numerosos regalos que la novia ha recibido de sus numerosos amigos.

Es natural, pues, que la elegante residencia, verdaderamente artística, en la que se admiran, junto a ricos tapices persas del siglo xv, lienzos de Murillo y don Vicente López, y estatuas debidas al supremo arte de Canova, haya sido estas tardes el punto de reunión de buena parte de la sociedad madrileña.

Y no hay que decir que los elogios a la valiosa conastilla de la señorita Castri-

llo y a los regalos recibidos han sido justos y entusiastas, tanto por el valor de una y otros, como por el arte y buen gusto que revelan.

Llaman, desde luego, la atención los presentes cambiados entre las familias de los novios.

La marquesa viuda de Castrillo ha regalado a su hija un hilo de 52 perlas hermosísimas y de rara perfección, que constituyen una valiosísima alhaja; un hilo de brillantes con dos grandes perlas grises, del tamaño de avellanas, en su centro; unos pendientes con dos perlas negras, también de gran valor; una docena de abanicos antiguos y una rica colección de encajes de Flandes, *point d'Alençon*, *point de Nice* y otros.

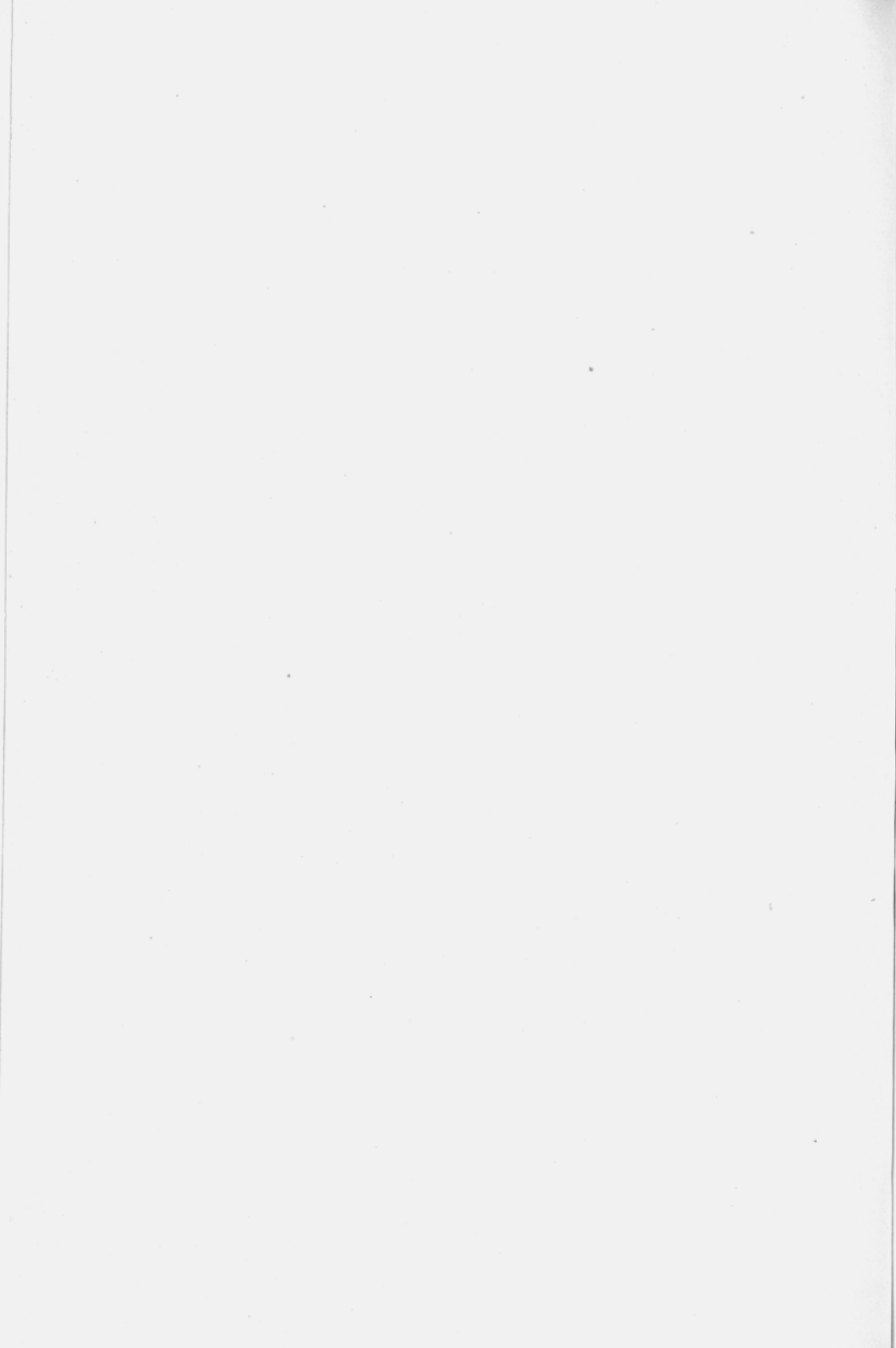
El señor Gamero Cívico regala a su prometida dos hermosos pendientes de perlas, y la novia, a su futuro esposo, una botonadura de zafiros y brillantes y otra de perlas.

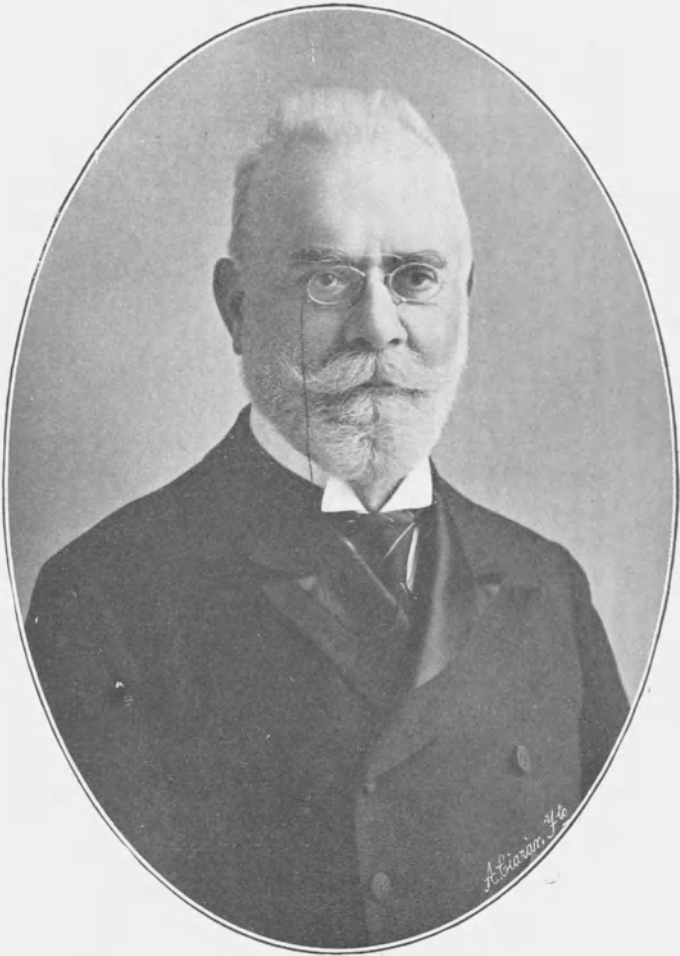
También ha recibido la señorita de Fernández de Villavicencio: de su futuro padre político, un hilo de magníficas perlas; de su tío el marqués del Genal, una soberbia diadema de brillantes; de la Reina Natalia de Servia, una sortija con un gran zafiro, rodeado de brillantes, y un centro de mesa, de plata; de los marqueses de Marzales, sus hermanos, un precioso *pendantiff* de brillantes y un saco de viaje, con objetos de tocador de *vermeil*; del obispo de Madrid-Alcalá, un esmalte antiguo, de mucho mérito, y del presidente del Consejo, conde de Romanones, un alfiler con un gran zafiro.

Figuran también, entre otros muchos regalos: un juego de café y té, de *vermeil*, de los primos de la novia, condes de Clavijo; cuatro fruteros, también de *vermeil*, de los marqueses de Santo Domingo; unas fuentes de porcelana de China antigua, de los duques de Montellano y los marqueses de Villavieja; una caja de acero, con incrustaciones de oro, y una preciosa miniatura, de los marqueses de Viana; una bandeja de plata, de los marqueses de la Mina; otra del mismo metal, de los duques de Arión, y otros muchos regalos de toda la sociedad aristocrática. Gran parte de las alhajas llevaban el sello especial de arte y buen gusto que pone tan alto el nombre español de J. Díaz. Otras iban firmadas por Sanz.

También es digno de anotarse un boceto del ilustre pintor don José Moreno Carbonero.

ABRIL - 1916






Don Francisco Fernández de Bethencourt.

(Fotografía obtenida por el conde de Guaqui, cuando el señor Bethencourt publicó el primer tomo de sus obras completas con el título de "Principes y Caballeros".)

Bethencourt.

L ilustre académico de la Española y de la Historia don Francisco Fernández de Bethencourt ha dejado de sufrir anoche, a las doce. A esta hora dió su adiós a la vida el hombre bueno, el caballero hidalgo que durante tantos y tantos años ha sido figura prestigiosa e ilustre en los salones aristocráticos.

Nosotros sentimos vivamente su muerte porque nos unió a él un gran cariño. Y aunque nuestro corazón ha sufrido ya muchos golpes y ha visto desaparecer muchos amigos buenos, no por eso se ha acostumbrado a este trance terrible de la muerte, que viene a emocionarnos de nuevo con la desaparición de Bethencourt.

No le veremos más, no le oiremos más. Todo se fué. Es decir, todo no, porque hay algo que no puede irse, que no se va, que queda con nuestro corazón y nuestra memoria: su recuerdo.

Nació en Canarias; pero muy joven vino a Madrid, en donde prontamente se abrió paso. Fué diputado, fué senador, fué académico, fué gentilhomme de S. M., fué un historiador brillante, fué un trabajador activo, un hombre de extensa cultura y una persona insustituible en los círculos sociales y salones aristocráticos. Era también el autor de esa admirable y monumental obra que se llama *Historia genealógica y heráldica de la Monarquía española, Casa Real y grandes de España*, del *Anuario de la nobleza*, de cien brillantísimos discursos, entre los que recordamos como uno

de los más vibrantes y leales el que escribió en nombre de la Real Academia de la Historia para contestar al de ingreso que leyó en su recepción el actual obispo de Madrid, señor Salvador y Barrera.

No le veremos más, no le oiremos más, no charlaremos más con él en su piso del paseo de la Castellana, lleno de libros y de retratos ilustres; pero le recordaremos siempre y nos acordaremos siempre de cuando, sentados en los divanes de su salón, escuchábamos las primicias del discurso que al día siguiente habría de leer en esta o en aquella solemnidad académica.

¡Pobre Bethencourt! ¡Pobre don Francisco!

A su entierro, verificado esta tarde, hemos acudido todos sus amigos. E íbamos recordando que él, que tanta afición tenía a las recepciones académicas, en una murió. Porque aunque ha vivido un año después, él murió para el mundo, para la vida, para el trabajo, en aquella tarde en que, estando contestando con un discurso al de ingreso en la Academia de la Historia del general Martín Arrué, cayó herido por el ataque cerebral en pleno salón, apenas sin haber podido pronunciar claramente las sacramentales frases de «He dicho».

Después vivió... para nosotros únicamente, y ayer, anoche, hasta para nosotros ha muerto también.



Don Rodolfo Gache.

(Fot. Kaulak.)

Rodolfo Gache.

Los señores de Lázaro Galdiano sufren en estos momentos una pena muy grande. Su hijo Rodolfo, joven de extraordinaria simpatía, de despierta inteligencia, de vivo ingenio, ha muerto en la mañana de hoy, después de rápida dolencia.

La noticia aciaga, imprevista, nos ha sorprendido muy dolorosamente. Nada podía hacernos sospechar que Rodolfo Gache, animoso y alegre, moriría así, de un modo rápido e inesperado, en plena juventud sana y briosa, lleno de ardor y de optimismo.

¡Pobre Rodolfo!

Esto hemos exclamado al estampar nuestra firma en el palacio de sus padres. Y lo hemos dicho con pena muy íntima, porque nosotros, que le conocíamos bien, sabíamos cuánto se podía esperar de su cultura, de su actividad, de su viveza, de su cerebro, de su pluma... Leímos sus artículos, leímos sus versos, y allá, en el alto torreón del *Parque Florido* charlamos muchas veces, entre sorbo y sorbo de una taza de té, de planes literarios, de obras futuras, de cosas mil nacidas en nuestra fantasía y mientras nuestros ojos y más aún nuestra alma, admiraba emocionada alguna maravillosa puesta de sol.

Allí mismo, en la esbelta torre del palacio, vivía sus más espléndidos sueños de juventud; allí se los escuchamos nosotros. Luego, en los teatros, en las redacciones de algunos periódicos, contaba

sus graciosas locuras, describía sus impresiones de viajes, planeaba, ideaba... y hacía resaltar sus aficiones decididas y sus amores grandes a estas páginas periodísticas, en las que cada uno ponemos un pedazo de nuestra vida y en las que, alguna vez, él también vió florecer los frutos de su pluma.

Rodolfo Gache, argentino de nacimiento, europeo por educación, español en el carácter aventurero, audaz e indómito, era un muchacho de veintiún años, de despiertísima inteligencia, trato encantador y delicioso temperamento.

Su espíritu exquisito, su cultura cosmopolita, sus inclinaciones artísticas le revestían de extraordinarios méritos. Movido por vocación irresistible, escribía prosas muy galanas. Arrastrado por su imaginación cálida y meridional forjaba bellas quimeras literarias.

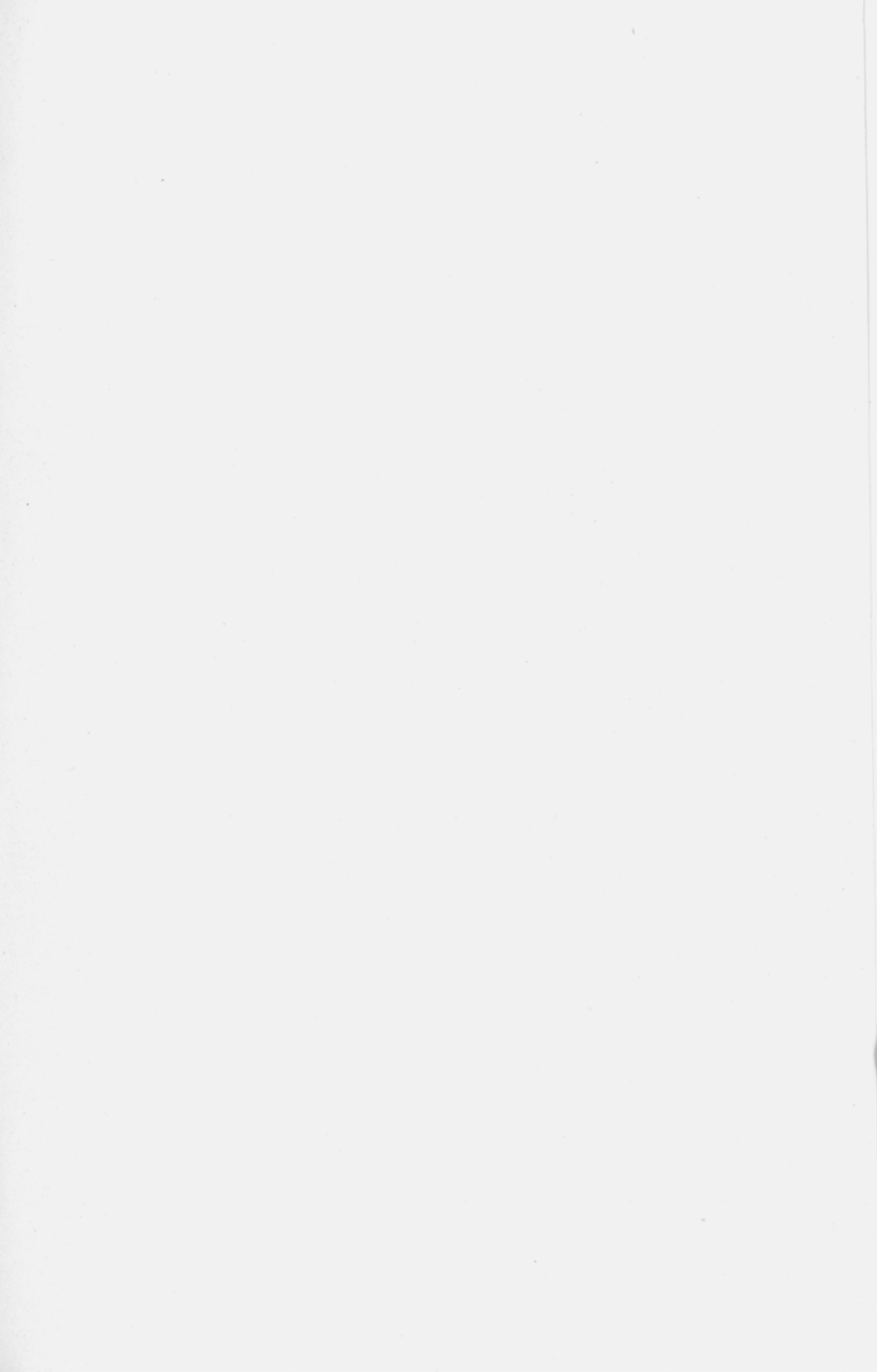
Aún le encontramos hace pocas tardes tan animoso como siempre; aún vimos agitarse sus ojillos pequeños dentro de sus órbitas abultadas; aún vimos relampaguear su mirada a través de los cristales de sus lentes, y ¡quién iba a pensar que su fin estaba tan próximo cuando escuchábamos sus alientos de lucha y de progreso! Frecuentaba los saiones aristocráticos, aunque mostraba más afición por los literarios, y soñaba con cimentar su nombre en el teatro con unas bellas comedias que él tenía forjadas en su imaginación, y en el libro, con unas bellas novelas que tenía planeadas. Pero el Destino manda y todas las ilusiones del joven inteligente y despierto se han roto con su vida en el alborear del día de hoy.

Su prematura muerte angustiará a cuantos le trataron y quisieron. Gache, tan amable, tan candoroso, tan bueno, hacía en todas partes, más que amigos, hermanos verdaderos.

¡Pobre Rodolfo! No te veremos más.

Sentimos muy de veras su muerte; la sentimos de un modo muy sincero. Y como corresponde a nuestro duelo, enviamos a su madre, doña Paula Florido; a su padre político, don José de Lázaro, y a sus hermanos, don Juan Francisco Ibarra y doña Manolita Vázquez Barros, la expresión sentidísima de nuestra pena.

La sociedad madrileña ha acudido al palacio de la calle de Se-r-rano a ofrecer su pésame a la familia doliente.





La marquesa de Coquilla.

La marquesa de la Coquilla.

CL nombre de esta dama ilustre, tantas veces citado en las crónicas mundanas, ya para señalar su presencia en las fiestas aristocráticas, a que concurrió desde muy joven, ya para enaltecer sus caritativos sentimientos, viene hoy a la pluma para dar a los lectores la triste noticia de su muerte.

También la marquesa de la Coquilla nos ha abandonado para siempre, dejándonos el recuerdo gratisimo de su amistad; porque sólo afectos podía contar quien como ella hizo el bien con asiduidad y con silencio.

Casada doña María de las Mercedes del Alcázar y Neso Vera de Aragón con don Juan Pérez del Pulgar, de la ilustre familia de los marqueses del Salar, frecuentó mucho los salones aristocráticos, y como tuviera, como su hermana la hoy marquesa viuda de la Laguna, un fino y vivaz ingenio, pronto crecieron sus simpatías en la sociedad aristocrática.

Era muy buena y muy buena amiga, y en los salones de su casa gustaba de congregar a sus amigos para allí, en la intimidad, recordar los días pasados de su juventud y su alegría.

Después de viuda adquirió el hotel que en la calle de Villanueva vivió hace muchos años la anterior duquesa de Híjar y en el que se habían celebrado artísticas fiestas, hotel que más tarde vivieron los marqueses de Casa-Mena, cuya hija única casó hace más de un

cuarto de siglo con el grande de España marqués de Benemejís de Sistallo, y ese hotel, que tan bellas obras de arte había atesorado durante la época de los anteriores propietarios, fué embellecido por la marquesa de Coquilla con verdaderas preciosidades artísticas.

Muy devota la ilustre dama, gustaba de prodigar en su oratorio las obras de arte, llegando a reunir una colección de imágenes de talla muy valiosas; el altar, de mármol blanco y plata, ostentaba un hermoso lienzo con una bellísima Concepción, de Sánchez Coello, y a ambos lados, dos santas de talla policromada, parecen obras del célebre escultor Montañés; enfrente del altar hay un hermoso trono de plata repujada que sostiene otra bella imagen. Lo que casi todos ignoraban es que muchas de estas obras de arte habían sido pagadas por la marquesa en más de su valor para realizar obras de caridad, pues eran objetos llevados a la dama por personas necesitadas—algunas pertenecientes a la alta sociedad—, y que ella adquiriría a altos precios para disimular, bajo el aspecto de una compra, lo que no era en puridad mas que una espléndida limosna.

La piedad de la marquesa de Coquilla poníase a la continua de manifiesto, aunque ella no gustara de pregonarla.

—¿Cuántas caridades ha realizado usted en su vida?—le preguntaban alguna vez.

—¡Oh!, no sé, ¡quién sabe eso!; pero desde luego muy pocas para las que quisiera realizar.

No gustaba del elogio exagerado ni de la caridad a toda orquesta; quería hacer el bien por dictados sinceros de su alma y no por vanas ostentaciones de dádivas. Y como no quería socorrer a modo de limosna, procuraba siempre encontrar un medio discreto de hacer el donativo.

—Oiga usted—solía decir a algún amigo—. Fulano está necesitado, ¿verdad?

—Sí, marquesa.

—Pues dígale, como cosa de usted, que me venda algo de lo que no le sirva a él,.. aunque tampoco me sirva a mí. Trato de quitarle el carácter de limosna a lo que pueda darle.

Y Fulano saludaba a la marquesa y le proponía la venta de «lo que fuese», y la marquesa se lo pagaba en diez veces más de lo que valía y se quedaba tan contenta.

Así, una vez compró un cuadro de muy escaso valor en mil pesetas.

—Marquesa— le dijeron—, ¿pero usted sabe lo que ha comprado?

A lo que ella, procurando atajar la frase, contestó:

—Sé por qué lo he comprado y me basta.

Y ya no hubo medio de continuar.

En cambio no pasaba por movimiento mal hecho, y hacía muy bien. En el jardín de su hotel hizo construir un sencillísimo pabellón donde instalar un cinematógrafo. Recordamos su inauguración. A ella asistimos unos cuantos amigos y a ella asistían sus sobrinos, los hijos de los marqueses de Viana, en cuyo honor era la fiesta. Y recordamos que al ir a entrar en el pabellón nos detuvo en la puerta un gran cartel que decía con gruesos caracteres:

«Por hacer este pabellón sencillísimo, ha cobrado Don Fulano de Tal (aquí el nombre del arquitecto o el del maestro de obras) tantos miles de pesetas (aquí la cifra exacta). Creo que conviene conocer estos detalles para que sepan a qué atenerse los que le encarguen obras a dicho señor».

Porque, ¡caramba!, sí que nos pareció crecida la cantidad en relación con la sencilla obra realizada. ¡Y eso que aún no había estallado la guerra que hoy sirve de tan lindo pretexto para tanta injustificada carestía!

La iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, la Basílica de Alba de Tormes y tantas obras más, recibieron dádivas espléndidas.

Así era esta ilustre dama que acaba de morir; así era esta ilustre marquesa de Coquilla. Y siendo así, ¿cómo no sentirla? Y sintiéndola, ¿cómo no enviarle nuestro pésame a sus hermanos la marquesa viuda de la Laguna y el duque de la Roca y a todos sus sobrinos? Para unos y otros va muy cariñoso.



El marqués de la Romana.

(Fot. Franzen.)

El marqués de la Romana.

SE han confirmado, desgraciadamente, los temores que desde el primer momento hizo concebir la grave dolencia que aquejaba al marqués de la Romana. En la noche de ayer, después de recibir los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad, entregó a Dios su alma el ilustre prócer.

La sociedad madrileña tendrá hoy verdadero dolor por la sensible pérdida. Era un correctísimo caballero, amable y simpático, que con sus nobles dotes captábase el afecto de cuantos le trataban.

Pertenecía don Pedro Caro y Széchenyi Alvarez de Toledo y Zichy-Ferraris a una ilustre familia, y estaba emparentado con muchas casas aristocráticas.

Era hijo del anterior marqués de la Romana, don Pedro Caro y Alvarez de Toledo, y de doña Isabel María Széchenyi, condesa Széchenyi, en Hungría, de ilustre familia de aquel país.

Desde 1889 estaba en posesión del título de marqués de la Romana, que fué creado en 1739, y al que se unió la Grandeza de España de primera clase en 1817.

Era gentil hombre de cámara de S. M., con ejercicio y servidumbre, y claverero de la Orden militar de Montesa. Poseía además las grandes cruces de la Real y distinguida Orden de Carlos III, del Salvador de Grecia y de Santa Ana de Rusia.

Figuró también en política, militando en el partido conservador,

y fué senador y diputado. Representó un distrito de la provincia de Cáceres, en la que tenía extensas propiedades.

Estubo casado con una distinguida dama, doña María de la Piedad Martínez de Irujo y del Alcázar, hija de los difuntos duques de Sotomayor, abuelos del actual poseedor del título. De este matrimonio quedan dos hijos solteros, don Pedro y doña Piedad.

Hermanos del finado son doña María del Pilar, duquesa viuda de Sotomayor; don Alvaro, marqués de Villamayor, que recientemente desempeñó el gobierno de Navarra, y el distinguido diplomático don José Caro, que fué hasta hace poco ministro de España en Méjico.

Por la muerte del marqués de la Romana vestirán de luto muchas aristocráticas familias.

Durante el día de hoy han desfilado por el palacio de la calle de Segovia numerosas personas de la sociedad madrileña, para expresar su pésame.

Los Reyes y los Infantes, que profesaban justa estimación al finado, fueron los primeros en enviarlo.

Descanse en paz el ilustre prócer, y reciban nuestro sentido pésame sus hijos, hermanos y demás familia, a cuyo duelo nos asociamos de corazón.



La duquesa viuda de Bailén.

(Fot. Franzen.)

La duquesa viuda de Bailén.



ARODIANDO los famosos versos que dicen:

«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!»

podemos recitar nosotros ahora:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los vivos!

De verdad lo escribimos, lector o lectora que pasas por estas líneas tu mirada. Qué solos, qué solos nos vamos quedando y cuántos afectos vamos perdiendo. La Muerte, gran Egoísta y como gran Egoísta, gran Tirana, acaba de arrebatar nos uno de los antiguos afectos que nos iban quedando, llevándose para siempre a las insondables regiones de lo desconocido, aquel espíritu sano y bondadoso, aquella alma buena, aquel corazón noble: a la duquesa viuda de Bailén.

Recogemos sus recuerdos con pena; con tristeza vemos hoy su palacio, ese palacio escenario de tantas fiestas brillantísimas; como homenaje merecido redactamos estas cuartillas en demostración de que aún vive entre nosotros la memoria de la dama ilustre que fué

figura principal de la aristocracia española, y cuyo nombre fué unido siempre, no sólo a las obras de caridad que le dictaba su corazón, sino a los acontecimientos políticos o sociales acaecidos en España desde la Revolución del 68, hasta la época presente.

¿Quién no recuerda a la duquesa viuda de Bailén, mejor dicho, a la duquesa de Bailén, una de las figuras de mayor relieve en la sociedad madrileña de la época de la Restauración? Las señoras—cosa es bien sabida—se interesaron grandemente en la campaña de propaganda en favor de aquélla, y en los salones aristocráticos se trabajó con entusiasmo. Como la época era distinta, la vida distinta era también, y una invitación para comer era algo más que un convite social: era como una cita para una reunión política, en la que habrían de extenderse más y más las simpatías que inspiraba ya el malogrado Monarca Alfonso XII. Y era la duquesa de Bailén una de las damas que, como la marquesa de Miraflores, y la de Casa-Pontejos, y la condesa de Heredia Spínola, y las marquesas de Molins, y de la Puente, y Sotomayor, trabajaban con mayor fervor por la causa alfonsina. En su casa se trabajó con acendrada fe. Bien que luego los Reyes supieron recordar siempre aquel comportamiento hidalgo.

Quiero decir, que la familia Real dispensó en todo momento a la dama que nos ocupa un intenso cariño; que no en balde fué la suya la primera morada que pisaron los Soberanos una vez triunfante la dinastía de los Alfonsos, y no en balde era la de los Reyes la primer *corbeille* de flores que el Viernes de Dolores—nombre de la duquesa—entraba por las puertas suntuosas de su palacio; que no podía tampoco caer en el olvido el recuerdo de que había sido doña María de los Dolores del Collado y Echagüe la que, hallándose en París cuando el ejército proclamó en Sagunto a Don Alfonso XII, vino, con otras altas personalidades, en la fragata *Navas de Tolosa*, formando parte del séquito del Rey, a desembarcar en Valencia.

Su palacio fué siempre un palacio prócer donde todo lo bello tuvo asiento. ¿Aristocracia, Política, Milicia, Arte? Todo, todo. Gustaba de animadas tertulias, y a sus salones acudían los más insignes prohombres de la monarquía; y en aquellos banquetes de los domingos, que tuvieron fama, solían figurar como comensales Cá-

novas del Castillo, Alonso Martínez, Romero Robledo, Silvela, los dos Pidales (don Alejandro y su hermano el marqués), el conde de Casa-Valencia, el general Martínez Campos, el marqués de Molins, Azcárraga, el duque de Mandas, don Alejandro Castro, el duque de Tetuán, Maura, Dato, Canalejas, Sagasta, Moret y el actual presidente del Consejo, conde de Romanones entre otros. En fin, qué importancia y qué popularidad tendrían, qué muchas veces acudieron a la puerta del palacio los periodistas para, a la salida, interrogar a los ilustres concurrentes.

—Señor presidente—le dijeron una vez a Cánovas al salir del palacio—: ¿ha habido Consejo?

—No ha habido más—replicó el jefe del Gobierno—que una excelente comida y una charla deliciosa.

—Pues no habrá sido por falta de número de consejeros.

¡Qué pocos quedan ya de todos aquéllos!

Además de la política, amaba el arte; la música la atraía, y en sus ratos de soledad pulsaba su arpa, y allá en sus mocedades aprendió a cantar con el barítono Verger. ¿Cómo no recordar los conciertos en sus salones celebrados? ¿Cómo olvidar que en ellos dejaban escuchar sus voces, con la de la duquesa, la entonces Casilda Alonso Martínez, hoy condesa de Romanones y la señora Elena de Arcos, y que se sentaban al piano, mostrándonos su maestría, *virtuosos* como el académico Esperanza y Solá? Además, gustaba de proteger a los que comenzaban, y en aquel saloncito del piso bajo, junto a la *serre*, en el que la duquesa recibía los jueves por la tarde, oímos más de una vez y más de diez los primeros albos de artistas precoces, a los que la duquesa alentaba, no sólo con su palabra, sino con hechos positivos.

Todo esto se acabó ya; todo esto se acabó hace unos tres años, en que las dolencias vencieron al vigor físico de la dama y la obligaron a retirarse de la vida de sociedad, y ya sólo la veían los íntimos, los suyos, los allegados; pero no resistiéndose fácilmente a su vida de retraimiento, aún solía decir diariamente a su doncella:

—Que me pasen las tarjetas que hayan traído; quiero ver quién se ha acordado hoy de mí.

El mismo día en que el Rey Don Alfonso XII contrajo matrimonio con la malograda Reina Mercedes—el 23 de Enero de 1878—,

fué otorgado a la duquesa el lazo rojo de dama; y cuando después de algún tiempo de muerte aquella bellísima Soberana, el Monarca hubo de pensar en nuevas nupcias, nombró al duque de Bailén su embajador extraordinario cerca del emperador de Austria-Hungría, para pedir la mano de la archiduquesa María Cristina de Hapsburgo, que había de ocupar más tarde el Trono de San Fernando. Aceptó el duque tan honrosa misión, pero poniendo una condición sola, que hubo de ser aceptada: la de que él costearía todos los gastos de su embajada. Y, gran señor en todo, el ilustre prócer desempeñó, en efecto, la misión que le había sido encomendada de una manera fastuosa.

El palacio de Portugalete—muchos le conocían por este nombre—es magnífico. Construído en aquellos terrenos de la calle de Alcalá contiguos a los jardines del Buen Retiro, que cedió la Reina Doña Isabel a la villa madrileña, los artistas españoles contribuyeron a su embellecimiento, y así, por ejemplo, en aquel salón de fiestas, suntuoso y soberbio, donde tantas y tantas se han celebrado con inusitada brillantez, destácanse los dos medios puntos admirables: uno, con *La lección de música*, de Domingo; el otro, con *La presentación de La Valière a Luis XIV*, pintado por Sala; y junto al retrato del primer duque de Bailén, el del insigne general Castaños, firmado por don Vicente López; los del duque y la duquesa, que acaba de morir, firmados por Rosales y Palmaroli. ¿Cuántas joyas más adornan el palacio? Baste saber que Murillo, Goya y Fortuny, firman unos cuadros; que Benlliure, Suñol y Martín, unas esculturas, y otros cuadros y otros techos Federico Madrazo, Casado del Alisal, Gisbert, Pradilla, Muñoz Degrain, Alejo Vera, Contreras, Luna, Luis Alvarez y Novicio, entre otros. Y digamos también, como complemento de la vida de la duquesa y de su alcázar, que en él fueron por ella espléndidamente agasajados la mayor parte de los reyes y príncipes extranjeros que visitaron nuestra corte. Tal ocurrió con el rey de Inglaterra Eduardo VII, que vino a Madrid siendo príncipe de Gales; con el archiduque Federico, tío de S. M. la Reina Doña Cristina, y con el rey don Manuel de Portugal, además de con algún otro augusto personaje que en este momento escape a nuestra memoria.

Ya todo pasó. En el palacio de Portugalete todo es aún duelo y

tristeza. Los ecos de fiesta tardarán en sonar. Ahora, estas tardes, son los ecos del Rosario los que allí se escuchan y es el rumor de las oraciones el murmullo que invade la capilla.

Y cuando, pasando el tiempo, los marqueses del Riscal, sobrinos de la duquesa, a quienes se señala como favorecidos con el hermoso inmueble, abran de nuevo los salones para que entren por ellos las auras de la juventud, volverá a recordarse a la duquesa ilustre y la vida de este palacio tan español, tan madrileño y tan monárquico.

Un viejo afecto se ha ido para no volver. ¡Ay! Cuántos se nos han ido ya y también para esa vida del otro mundo con la que no cabe comunicar. Dios haga que para estas almas buenas sea la paz eterna.

MAYO - 1916



Señorita Manolita Collantes y Sandoval, condesa de la Torre de Cela, hija
del conde de Esteban Collantes.

(Fot. Kaulak.)

La señorita de Esteban Collantes y el conde de la Torre de Cela.

HVER tarde se celebró en la capilla del Asilo del Sagrado Corazón, de la calle de Claudio Coello, el matrimonio de la encantadora señorita Manolita Collantes y Sandoval, hija del ex ministro de Instrucción pública, conde de Esteban Collantes, con el señor don Jaime Quiroga y Pardo Bazán, conde de la Torre de Cela, hijo de la insigne autora de *Los Pazos de Ulloa*, condesa de Pardo Bazán.

Desde antes de la hora anunciada el templo y sus inmediaciones se llenaron de público numerosísimo y distinguido, no faltando tampoco a la entrada de la iglesia, ese elemento popular que es la mitad de la alegría de las ceremonias y que esperaba la llegada de la novia para vitorear a esa linda mujercita que ha sabido siempre unir su nombre a todo acto benéfico o de caridad.

En efecto; a las cuatro en punto detúvose ante el Asilo el automóvil en el que iban el conde de la Torre de Cela y su madre la gran escritora; vestía ella de negro, elegante traje de seda; él, de uniforme, ese uniforme de teniente de Húsares de la Princesa que supo ganar en las filas de nuestro Ejército y en los campos de Melilla cuando, en el año 1909, un grupo de bravos españoles alistáronse como voluntarios para defender nuestros territorios africanos y conquistar nuevas posiciones. Y minutos después llegó la novia, ra-

diante de belleza, ocultando su rubia cabellera entre los pliegues del blanco velo, acompañada de su padre.

—¡Viva la novia!—gritó la multitud.

Y nosotros, al verla tan linda, tan elegante, tan bella y recordando su bondad, gritamos también, sólo que muy bajito:

—¡Viva! Y que tenga toda la felicidad que se merece.

Se abrieron de par en par las puertas del templo, se extendió roja alfombra hasta la calle, formaron fila triple los invitados y por entre ellos cruzaron los novios, los padrinos y los testigos, dirigiéndose hacia el altar mayor y mientras una orquesta en el coro dejaba escuchar los acordes de la marcha de *Lohengrin*.

¡El altar mayor! Estaba precioso. Casi desaparecía entre luces y flores. Parecía un ascua de oro y una pura flor. Los crisantemos formaban guirnaldas, los claveles blancos nacían de entre las palmeras, el azahar asomaba presidiendo el adorno y perfumando el templo... Una preciosidad. Y tomaron su puesto los novios ante el nuncio de Su Santidad, monseñor Ragonesi, que les dió su bendición nupcial después de una plática sentida, elocuente, doctrinal, dicha con esa palabra persuasiva y suave que caracteriza todas las oraciones sagradas del prelado.

Fueron padrinos, el padre de la novia, conde de Esteban Collantes, y la madre del novio, condesa de Pardo Bazán; y testigos, por parte de ella, el ex presidente del Consejo señor Dato, el barón de Eroles, el conde de Aguilar y el señor Mateo Collantes; y por la de él, su hermano político el general Calvacanti, el ex ministro marqués de Figueroa, el general Zabala, de húsares; el barón de Molinet, el marqués de Viesca de la Sierra y don Ricardo Bermúdez de Castro.

La ceremonia ha sido solemne, y a su solemnidad ha contribuído el coro de niñas del Asilo, que cantó al final, como digna coronación del acto religioso.

Salieron los novios del templo y se repitieron los vivas populares. Eran merecidísimos. La novia realzaba con sus galas nupciales su natural belleza; su primoroso vestido de boda envolvía graciosamente su gentil figura; la cola la llevaba una preciosa criatura; la hija menor de los marqueses de Benicarló.

—¡Que sean muy felices!

—Mucho, mucho.

Y el automóvil en el que los nuevos esposos, los jóvenes condes de la Torre de Cela, habían ocupado sus sitios, se alejó rápido de la calle de Claudio Coello.



Después todos los invitados—lo menos 500—se trasladaron al Ritz, donde se sirvió un espléndido té. El simpático Montllor lo tenía todo primorosamente dispuesto y el efecto del *hall* era precioso. Cada mesita la presidía un bello centro de flores. Pero la más bella era aquella en la que se sentaban los novios con los padrinos y los testigos y la señorita de Collantes, María Collantes, hermana de la novia, y Carmen Quiroga y la señora de Calvacanti y la señorita de la Rúa, hermanas y tía-abuela del novio.

¿La concurrencia? Fué extraordinaria; imposible, por tanto, de citar por completo. Pero basta calcularla teniendo en cuenta las relaciones numerosísimas de la ilustre condesa de Pardo Bazán y del ilustre conde de Esteban Collantes. Recordamos, sin embargo, al duque y duquesa de Santo Mauro, marqués y marquesa de la Mina, conde y condesa de Torre-Arias, condesa de Romanones, ministro de la Guerra y generala Luque; marquesa de Argüelles, de Caicedo, marqueses de Atalayuelas, señores de Bayo, señor y señora de Sarthou y marquesita de Selva Alegre, señores de Urrutia, duquesa de Medina de Rioseco, señores de Campuzano, marquesa de San Miguel de Híjar y condes de Sierrabella, señores de Laiglesia y de Moreno y Ossorio, vizcondes de Garci-Grande, marqueses de Portago.

Marquesa viuda de Hoyos, condesa de San Félix y señorita de Castellanos, señores de Retortillo (don Agustín), señora de Oruña y señorita de Reynoso, señora y señoritas de Dato, señoras de Aguilar, de Montojo, de Vázquez Zafra, de Tolosa Latour, de Machimbarrena, de Icaza, de Gordon Wardhouse, condes del Real Aprecio, de San Luis, de Ardales del Rfo, de Tamarit, señora de Baquera, señora y señorita de Santos Guzmán, general y señorita de Ezpeleta, condes de Villamonte, señores de Linares Rivas.

El embajador de Francia, el de Italia y la condesa de Bonin Longare, el ministro de los Países Bajos y Mme. Van Royen, el capitán

general marqués de Tenerife, los ex ministros señores La Cierva y Sánchez Guerra y sus señoras, las princesitas de Thurn et Taxis, las duquesas de Pinohermoso y Unión de Cuba.

Las marquesas de Mohernando, Villamediana, Riestra, Garcillán, Casa-Madrid, Castellanos, Figueroa, Tamarit, viuda de Casa-Torre, Santa María de Silvela, Santa Cristina, Santa Cruz, Quirós, Marbais, Valdeiglesias.

Condesas de Romilla, Torrejón, Castilleja de Guzmán, Caudilla, Ramiranes, Aguilar, Albiz, Taboada, Vado, viuda de Arcentales y los condes de Cerrajería.

Vizcondesas de San Antonio, Eza, Laguna y Cuba.

Señoras y señoritas de Vadillo, Travesedo, viuda de Alcalá Galiano, viuda de Cárdenas, Franco, Bermúdez de Castro, Chaves, De Carlos, Fernández de Henestrosa, Núñez de Prado, Santiago Concha, Loygorri, Díez Martein, F. Maquieira, Suelves, Mateo Collantes, Aguilar, Prado Palacio, Quiroga y Navia Ossorio, Iturraide y Gil Delgado.

El doctor Cortezo, el vizconde de Eza, Poggio, Prado Palacio y no sé cuántos más: muchos, muchos...



El día 6 publicábamos nosotros lo siguiente:

Ayer tarde se vió muy animada la casa del ilustre exministro conservador conde de Esteban Collantes. El motivo era harto satisfactorio. Ver y admirar un equipo de novia y unos regalos de boda es siempre grato, porque ello encierra muchas ilusiones, que ojalá se vean realizadas. Y sabido es que Manolita Collantes, la linda hija menor del conde de Esteban Collantes, contraerá matrimonio—el próximo lunes—con el señor don Jaime Quiroga y Pardo Bazán, nuevo conde de la Torre de Cela, título que, como ya hemos dicho, acaba de cederle su madre, la condesa de Pardo Bazán, esa insigne escritora, para quien va hoy la felicitación de España entera con motivo de su nombramiento de catedrática de la Universidad Central.

Ayer la eximia dama, cuyos talentos ponen a envidiable altura el nombre de España, ya fué muy agasajada. Y al tiempo que se le rendía respetuoso y merecido homenaje a ella, a esa admirable mujer cuya obra literaria causa, a la par que admiración, asombro, elogiábase la decisión justísima de un ministro que, como el señor Burell, ha sabido premiar los altos méritos de una inteligencia privilegiada y vigorosa.

Pero reseñemos algunos de los regalos de los que ayer formaban preciada colección:

El conde de Esteban Collantes a su hija, una espléndida diadema de brillantes,

en cuyo centro figura la linda esmeralda que perteneció a la inolvidable condesa. Además, dos gruesas perlas para las orejas, dos grandes rosetas de brillantes, unas preciosas arracadas antiguas y un collar de los que se hace brazaletes y se montan en terciopelo.

Figuran también en la exposición de estas soberbias joyas otras heredadas, como el hilo de gruesas perlas, el *sautoir*, de perlas igualmente, y la gran rama de yedra, de brillantes, y la sortija con la perla gris.

También se ven los alfileres de corbata regalados al novio y la preciosa horquilla de brillantes y perlas enviada a la novia por la marquesa de la Viesca.

El regalo de la condesa de Pardo Bazán, es el título de conde de la Torre de Cela, que la condesa poseía y ha sacado para que lo lleve su hijo. Regálale también el mobiliario de su despacho, estilo antiguo español con damascos y tallas.

El novio a la novia, piocha de brillantes y rubíes, sortija de zafiros y brillantes y otra antigua muy artística.

La señorita María Esteban Collantes a su hermana, rico broche de brillantes centrado, con otra esmeralda igual a la de la diadema.

Los señores de Cavalcanti (hermanos del novio), a la novia, aderezo de brillantes y rubíes, compuesto de pendientes, barra, sortijas y brazaletes, y al novio, botonadura de amatistas.

La señorita Carmen Quiroga, hermana del novio, el magnífico mobiliario, decorado con asiento de damasco blanco, para el salón.

Don Eduardo Quiroga, tío del novio, bolsillo de oro con cierre de zafiros, para la novia, y maleta *nicóser* completa de viaje, de cuero inglés y plata, para el novio.

El barón de Eroles, tío de la novia, estuche maleta *nicóser* completo, de viaje, de elegante piel verde oscura, con los frascos de plata cincelada.

Los marqueses de Benicarló, próximos parientes, un gran juego de tocador, de plata cincelada, y los señores de Mateo Collantes, juego de té y tazas para té, de plata.

Doña Carmen Hoyo de Quiroga, tía del novio, juego de café, de plata, completo.

Doña Vicenta de la Rúa Figueroa, tía-abuela del novio, ha regalado algo que es nuevo y modernísimo: el servicio para los pasteles y mermeladas que acompañan al té; es de plata, muy numeroso, y se compone de platitos para los pasteles, platos mayores para servirlos y los cubiertos para este fin.

La duquesa viuda de Valencia, tía del novio, una vitrina tallada y dorada para el salón y mesita dorada igualmente, y sus hijos, los vizcondes de Aliatar, un hermoso alfiler de corbata de brillantes.

La novia, a la condesa de Pardo Bazán, sortija con grueso brillante y zafiros; a la señora de Cavalcanti, flor de brillantes con una perla, y al general Cavalcanti, alfiler de corbata de brillantes; a la señorita de Quiroga, broche de ensaladilla de brillantes, rubíes y esmeraldas; al novio, preciosa botonadura de brillantes y perlas.

Le señorita María Collantes al novio, gemelos de brillantes montados en platino; el conde de Esteban Collantes rico alfiler de corbata.

La novia a la señorita de la Rúa, sortija de rubíes y brillantes.

Regala además el novio a su prometida dos trajes: uno, negro, de tarde, de *taf-*

fetas y tul, con su elegante sombrero; otro, de baile, azul, con flores de plata, y el de boda, que es verdaderamente espléndido. Va cubierta la falda con amplia túnica de encaje aplicación de Bruselas y *point a l'aiguille*, siendo de igual soberbio encaje la berta del cuerpo y el velo que sobre el tul blanco lleva incrustada ancha orla de Bruselas. La cola del traje es de brochado de plata orlada de tul. Acompañan a este vestido, remitido a la futura condesa de la Torre de Cella en un arcón forrado de damasco antiguo con cerraduras de plata y *cabochohes* de granate, el magnífico abanico de nácar blanco y paisaje de *point a l'aiguille* y el pañuelo de encaje de Bruselas. El arreglo de estos ricos encajes, que han pertenecido a la condesa de Pardo Bazán, lo hizo la encajera de S. M., señora Huguet.

El equipo de la gentil Manolita es un derroche de buen gusto, llamando la atención el juego de boda, de tul, con bordados delicadísimos y *valenciennes* y los bordados de gran realce de los juegos de cama y demás prendas.

Aparte de las *toilettes* regaladas por el novio, hay siete u ocho muy caprichosas, de campo, playa, sociedad y viaje; abrigos lindísimos, sombreros haciendo juego con los trajes, batas que guarnecen encajes de alto precio, sobresaliendo una color rosa que ostenta una berta magnífica de viejo alençon. Un *sachett* regalo del Taller Central del Encaje, que preside la condesa de Pardo Bazán, a la novia, es reproducción de un antiguo punto español de Arenys de Mar, al cual se da hoy mucha importancia.

La lista de los demás regalos sería interminable. En ella figuran todos los nombres conocidos de la sociedad de Madrid y muchos que responden a simpatías y antiguas amistades. Clasificados por grupos estos regalos, puede decirse que ha dominado la plata labrada y repujada, las porcelanas finas y las lozas de Talavera, que tan de moda se han puesto hoy.

En plata hay innumerables bandejas, servicios de té y café, pilas de agua bendita e infinidad de objetos de escritorio. En honor de la industria española, ya que de una boda tan española se trata, debemos decir que muchas de las joyas y gran cantidad de la plata llevaban la firma de J. Díaz.

Las talaveras, algunas blasonadas, van sustituyendo a las porcelanas extranjeras, con ventaja del arte nacional.



Señorita Pilar Cobo de Guzmán y Primo de Rivera.

(Fot. Kaulak.)

Pilar Cobo de Guzmán y Primo de Rivera.

SEAN estas palabras nuestras que trazamos sobre las cuartillas con inquietud y duelo en nuestra pluma, como unas flores más que arrojemos sobre la tumba de la infortunada señorita.

Realmente para un dolor como el que sufren en estos momentos los familiares de Pilar Cobo, no hay consuelo posible; la catástrofe ha sido grande, la herida muy honda, la sorpresa muy triste y terrible. No intentamos siquiera consolar a los que lloran, sería inútil; mitigar su dolor, es imposible; secar su llanto, sería pretensión vana. Además la misma grandeza del dolor nos merece respeto. Por consiguiente, sólo hacemos consignar aquí nuestro pésame y nuestro sentimiento.

¿Pero cómo no decir que en la sociedad madrileña ha sido tema de todas las conversaciones la desgracia ocurrida? ¿Cómo no consignar que todo el mundo se ha apresurado a enviar su duelo sincero a la madre de la infortunada Pilarcita, y al ilustre marqués de Estella?

Bien conocidas son las generales simpatías que gozan el anciano y querido general y su hija. En cuanto a su nieta, una de las muchachas más bellas de la nueva generación, inspiraba profunda simpatía.

Era hija única del difunto ex director general don Federico Cobo de Guzmán y Muro y de doña María Primo de Rivera. Tenía diez y seis años de edad.

No hace todavía uno que vistió por vez primera las galas de mujer, y ya se desenvolvía en la vida de sociedad con un gracioso desenfado. A la gentileza de su figura y a la belleza de su rostro se unía la soltura graciosa de sus ademanes y la pintoresca ingenuidad de su espíritu, y sobre todo un carácter abierto, inconfundible. Con su bondad, su gracia y su originalidad, se hacía querer de todo el mundo.

Así no es de extrañar que su ilustre abuelo, como su madre y todas las personas de su familia, sintieran por ella verdadera adoración.

No hace falta recordar la trágica muerte de esta bella mujercita, ocurrida en el momento en que se preparaba una excursión placida y feliz. No hace falta señalar detalles que la prensa ha publicado ya. Queremos tan sólo ofrecer desde esta sección nuestra, nuestro duelo profundo a cuantos lloran desgracia tan grande.

Y nada más. A todas la manifestaciones de dolor, unimos estas líneas que brotan de nuestra pluma muy sinceras.



Señorita María Teresa Travesedo y Silvela, hija de los condes de Maluque.
(Fot. Franzen.)

La Srta. de Maluque y el señor Lizariturri.

CEN la iglesia parroquial de Santa Bárbara se celebró ayer mañana el enlace de la bellísima señorita María Teresa Travesedo, hija de los condes de Maluque, con el notable ingeniero don Román Lizariturri, hermano del marqués de Tenorio.

El templo estaba adornado con exquisito gusto. Los novios e invitados hicieron su entrada a los acordes de una marcha nupcial.

Vestía la novia precioso traje blanco de seda, adornado con encajes y flores de azahar, y manto de falla, bordado en plata. Llevaban la cola dos niñas, sobrinas suyas: Isabel Alonso Travesedo y María Victoria Travesedo y Ortiz.

Apadrinaron a los contrayentes la señora viuda de Lizariturri y el conde de Maluque; y actuaron como testigos, por parte de ella, el marqués de Santa Cristina, don Luis Silvela, don Francisco y don Manuel Travesedo, y por parte del novio, don Julián Carbayo, don Manuel y don Luis Lizariturri y don Manuel Berola.

Bendijo, la unión el padre Podadera.

Asistieron a la ceremonia muchas señoras, entre las que recordamos a las marquesas de Santa Cristina, San Miguel de Hajar, Peñafiel y Torrelaguna; condesas de Romanones, Torre-Arias, Arcenales, viuda de Patilla, Mora y Vado, y las señoras y señoritas de Castellón, Figueras, Silvela, Travesedo, Gómez Acebo, Aguilar, Melgarejo, Gordon, Drake y Alonso Pombo.

Terminada la ceremonia trasladáronse los invitados a casa de los condes de Maluque, donde se sirvió un espléndido almuerzo.

Los nuevos esposos salieron ayer tarde para Toledo, desde donde emprenderán una excursión por Andalucía.

A las muchas felicitaciones recibidas por los señores de Lizarrurri unimos la nuestra, cariñosísima y sincera, con nuestro deseo de venturas inacabables.



La Srta. María del Buen Consejo de Hoces y Olalla,
marquesa de la Vega de la Sagra, hija de la condesa
viuda de Hornachuelos.

(Fot. Reymundo.)

La marquesa de la Vega de la Sagra y don Enrique Macpherson y Bonmatí.

BUENA se la ha perdido usted por no venir!—me dicen desde Córdoba unos amigos que me escriben—. La boda de la lindísima María del Buen Consejo de Hoces y Olalla, hija de la condesa viuda de Hornachuelos, ha sido un acontecimiento—me añaden. Y yo, que conozco a la novia y a la madre de la novia—tengo todo ese buen gusto—, no me extraña nada de lo que me escriben, porque en Córdoba y en Madrid es siempre un acontecimiento feliz la boda de una mujercita llena de encantos y de bondades y que por unos y por otras goza de una aristocrática popularidad.

¡Ya lo creo que me la perdí buena, por no ir! Bien lo sé. Pero como en la vida no sucede todo lo que uno quiere que suceda, yo me quedé en Madrid a pesar de querer ir a la Ciudad de la Mezquita, y allí se celebró el enlace entre las bendiciones de la gente que decía:

—Marquesita: si las bendiciones no son para ti ¿para quién entonces? Porque ¡cuidado si eres guapa!

Bueno, lectores; si siguiéramos por este camino no acabaríamos nunca; hay, pues, que dejar la pluma a nuestros amables comunicantes que dicen así:

«Anoche viernes se celebró en Córdoba el matrimonio de la encantadora señorita María del Buen Consejo de Hoces y Olalla, hija de la condesa viuda de Hornachuelos, con don Enrique Macpherson y Bonmatí, perteneciente a distinguida familia gaditana.

La boda se verificó en el oratorio de la señorial residencia de la madre de la novia, que pertenece, como es sabido, a una ilustre familia de la aristocracia andaluza. Toda la casa, como la capilla, estaba preciosamente adornada con plantas y flores.

La novia, bellísima, vestía elegante traje blanco, adornado con valiosos encajes y flores de azahar.

Bendijo la unión el canónigo de la catedral cordobesa, don Marcial López Criado, culto sacerdote, que administró a la marquesa de la Vega de la Sagra el Sacramento del Bautismo y la primera Comunión, en la época de su nacimiento y en sus primeros años.

Se dignaron apadrinar a los novios SS. MM. los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, siendo representados por el marqués de los Castellones y la duquesa viuda de Hornachuelos, próximos parientes de la desposada.

Actuaron como testigos, el conde de Hornachuelos, don Antonio de Hocés, el general Fernández Silvestre, don José San Martín Herrero, don Enrique de Alvear y Ruiz Lorenzo, don Félix de C. Izquierdo de la Torre, don Daniel Macpherson y Bonmatí, don Francisco Aramburu e Inda, don Pedro Nolasco González Gordon, el conde de Osborne, don Miguei Fernández de la Puente y don Rafael Osborne y Guesala.

Asistieron a la ceremonia las más distinguidas personas de la sociedad cordobesa y otras de Madrid, Sevilla y Cádiz. Con la duquesa viuda de Hornachuelos fueron desde esta corte sus hijos el poseedor del título y las señoritas de Hocés.

Terminada la ceremonia, después de recibir los novios y sus familias cariñosas felicitaciones, se verificó una comida en el elegante comedor de la casa. Luego siguió una brillante fiesta, bailando el elemento joven algunas horas a los acordes de una notable orquesta.

Los marqueses de la Vega de la Sagra dirigieron al jefe superior de Palacio un telegrama, expresando su gratitud a los Soberanos.

La boda de la encantadora señorita de Hocés ha constituido un grato acontecimiento en Córdoba, donde tan querida es su familia.

Deseamos eternas felicidades a los nuevos marqueses de la Vega de la Sagra, uniendo nuestra enhorabuena a las muchas que han recibido.

Los lunes del Ritz.

LA del lunes ha sido, indudablemente, una de las noches más espléndidas de *los lunes del Ritz*. La mayor parte de la sociedad madrileña allí se reunió y el efecto de aquel elegante comedor era brillantísimo. ¡Qué digo del comedor! Todo el amplio *jardín de invierno* aparecía cubierto de mesitas que hubo necesidad de instalar ante el número de pedidos. Y luego aquel *jardín de verano* y aquella deliciosa terraza nos ofrecían una nota linda y pintoresca, con su iluminación de diversos colores naciendo de entre las hojas de los árboles. Decididamente, *los lunes del Ritz* forman parte integrante de la vida madrileña de sociedad.

Anteanoche—ya lo hemos apuntado y a detallarla vamos ahora—la concurrencia era, no sólo numerosísima, sino selecta. ¿Recordaremos los nombres de cuantos ocupaban las mesas? Desde luego todos no, y los olvidados sabrán dispensarnos.

En primer lugar destacábase una mesa grande, adornada con un fondo verde—un verde de pradera—y unas mazas de polo. Presidíanla el infante don Alfonso y el príncipe Raniero. Y conste que no es ésta la vez primera que van personas reales a sentarse al comedor del Ritz. Con el infante y el príncipe tomaron asiento los duques de Santo Mauro, Arión y Tetuán; el marqués de Viana, los condes de la Cimera y de la Maza, don Justo San Miguel, don José Santos Suárez y varios oficiales de los que asistieron al partido de

polo jugado en Moratalla durante la permanencia de los Reyes en la posesión de los marqueses de Viana.

La comida ésta fué anteanoche ofrecida por el conde del Rincón, y como adorno principal figuraba, además de los atributos del *sport* hípico, la copa que hubo de jugarse.

Ocupaban otra mesa la duquesa de Santo Mauro, conde y condesa de Torre-Arias, con sus hijos el marqués de Santa Marta y don Narciso Pérez de Guzmán; las señoritas de Benamejts de Sistollo y el señor Escalera. En otra se sentaban el señor y la señora de Sarthou, con su hija la marquesita de Selva-Alegre; la marquesa de Argüelles y su hijo don Ramón Bernaldo de Quirós, y los grandes artistas don Mariano y don Juan Antonio Benlliure. En otra, los duques de Montellano, la marquesita de Almonacid, las señoritas de Escandón y de Errázuriz, los señores de Gandarillas, el conde de los Llanos, el marqués de Pons, don Carlos Salamanca, don Santiago Pidal y don Manuel de Escandón.

Otra era ocupada por los duques de Tarancón, los marqueses de Ferreras, los señores de Pidal (don Ignacio) y de Liniers (don Tomás), la señorita de Sancho Mata y don Pedro Pidal. Otra, por la señora viuda De Río, los condes de Bayma, el señor y la señorita de Boguerín y el señor Barrera Massó. Sentábanse en otra los marqueses de Hoyos y su hermana, la duquesa viuda de Almodóvar del Río y los señores de Güell (don Juan Antonio). En otra, los señores de Gómez Aramburo y don Agustín Retortillo.

Recordamos muchos nombres más de aristocráticos comensales: los duques de Arcos, el conde de Casa Valencia, don Jorge Silvela, los condes de Villalonga, los señores de Escoriaza y su hija, que ocupaban otra mesa con los señores Eizmendi y Ansaldo; los marqueses de Perales y Nájera, el señor Careaga, don Alberto Aznar, la señora Del Campo de Ocampo y el señor Chiappe, los señores de Quiroga, los de Girona, los de Campuzano, los condes de Llovera, los señores de Luque (don Ernesto), con su hermana la señorita de Argüelles y el señor Nardiz; el marqués de Narros, don Jaime Zulueta, el conde de las Cuevas de Vera, la señorita Carmen López, el señor Salvatella, los señores de Guerra, los de Gómez Fos, don José Pagés y los señores Janer y Villanueva, hijo este último del presidente del Congreso.

Estaban también ocupando otras mesas el señor y la señorita de Wernstein, el conde de Kulowrat, M. y Mrs. Berry Wall, M. Ladew, M. Turell, M. Calman, M. Wilson, consejero de la Embajada de los Estados Unidos, y el marqués de Ganais.

Todas las mesas se adornaban con flores; sobre unas destacaban los macizos de claveles rojos; rosados, sobre otras; sobre otras, blancos; y durante la comida una orquesta de guitarras y bandurrias y el sexteto de Malé—alternando—ejecutaron un brillante concierto.

¿Comprendéis el efecto de aquel comedor de tonos albos, florecido de claveles y embellecido con la presencia de tanta mujer bonita, de tanta bella dama, ricamente alhajadas y vaporosamente vestidas? Os afirmo que era un aspecto espléndido el de aquel comedor del Ritz en la noche de anteayer. Era, pues, toda una fiesta de sociedad.

Luego... ¿cómo no? Luego hubo baile. Las parejitas juveniles llenaron el salón de una viva alegría, y el *fox-trop* y el *two-step* se bailaron hasta las tres de la madrugada. Y como si aún fuese escasa la animación, nuevos encantos fueron a aumentarla; las señoritas de Bernaldo de Quirós, hijas de don Carlos Bernaldo de Quirós, verdaderas bellezas y gentilísimas figuras; las señoritas de Pidal, hijas de don Alejandro; las de Amaya, Spottorno, Villavicencio...

¡Ay, lectores! ¡Vaya unos ramilletes y unos capullos en flor!

Cuando sobre mi mesa de trabajo escribo estas cuartillas recuerdo que

Luces, flores, alegría...
Todo se encontraba allí;
y hasta el corazón latía
gozoso dentro de mí.

Que así debía ser después de todo con lo que teníamos ante nuestros ojos.



Señorita Mercedes Martorell y Téllez-Girón, hija de la
duquesa viuda de Almenara Alta.
(Fot. Kaulak.)

La señorita de Almenara y don Gabriel de Squella.

VAMOS a comenzar nuestra crónica de hoy con el tema alegre de una boda, celebrada ayer tarde en la parroquia de la Concepción—hecha un ascua de oro y un bello vergel—y festejada luego con un espléndido té en el Ritz.

Cuando en el atrio apareció la novia todos tuvieron para ella una flor. Bonita, elegante, gentil..., era como la primavera misma que entraba en el templo. Y a los acordes de la *Marcha nupcial*, de Mendelssohn, cruzó la desposada, envuelta airosamente entre los vaporosos pliegues del velo y ostentando en su garganta un rico collar de brillantes y en su cabeza una artística diadema de azahar.

La novia, lector, que no era sino la señorita Mercedes Martorell y Téllez-Girón, hija de la duquesa viuda de Almenara Alta, nieta de la duquesa viuda de Uceda, sobrina del duque de Osuna, perteneciente, por tanto, a la rancia nobleza española, iba del brazo de su hermano y padrino el duque de Almenara, que lucía—ello te dará idea de su juventud y del orgullo con que sirve en filas—su uniforme de cabo de Húsares de la Princesa. Y el novio—que era el ex diputado conservador don Gabriel Squella y Rossiñol, de ilustre nobleza balear—, vistiendo correctamente de chaquet, prenda obligada por la moda, daba su brazo a su madre y madrina la señora viuda de Squella.

Llegaron al altar mayor. Allí esperaba el párroco de la iglesia,

obispo preconizado de Sigüenza, don Eustaquio Nieto, que había de darles la bendición soñada; y allí, en el mismo presbiterio, en lugar preferente, tomaron asiento también SS. AA. el infante don Fernando y la duquesa de Talavera, que honraron la ceremonia con su presencia.

¿Quiénes fueron, pues, los testigos? Pues los testigos, que tenían sus puestos a uno y otro lado del altar, fueron, por parte de ella, los duques de Osuna, Híjar y Tarifa; el marqués de Velagómez y el conde de Superunda, y por la de él, el ex ministro señor Sánchez Guerra, el marqués de Vivel, el conde de Sallent y don Francisco y don Pedro Rossiñol.

Se celebró la ceremonia; la capilla de música, dirigida por Moreno Ballesteros, interpretó el *Sueño de la Virgen*, de Massenet, y los novios y los padrinos y testigos firmaron la correspondiente acta matrimonial.

—¡Que sean muy felices!— se dijeron todos los concurrentes.

Y a los pocos minutos, después de haber escuchado la palabra elocuente del sacerdote en una plática sentida, novios e invitados abandonaron la iglesia para dirigirse al Ritz, donde en el salón de fiestas se hallaba dispuesto un espléndido té, servido en mesitas.

Detrás de la novia, llevando los extremos del velo de desposada iban dos preciosas criaturas: Angelita Eizmendi y Téllez-Girón, hija de la duquesa de Medina de Rioseco, y Ricardito Martorell, hermano de la contrayente.

Recordamos de la concurrencia algunos nombres, como los de la abuela de la novia, duquesa viuda de Uceda; duquesa viuda de Almenara Alta y sus hijos, la duquesa de Medina de Rioseco, la señorita de Téllez-Girón, las duquesas de Híjar, Pinohermoso y Aliaga; las marquesas de Castellanos, Peñafiel, Peñafuente, Orovío, Valdeiglesias, San Miguel de Híjar, Garcillán, Cenía, Pidal; las condesas de Alcubierre, con su hija la marquesita de Espinardo; Casal, Luna, Oliva, Villamonte, Sierrabella; la vizcondesa de Amaya y sus hijas; las señoras de Oruña, León, Melgar (don Nicolás), viuda de Despujol, con su hija *Quinita*, y las señoritas de San Juan de Piedras Albas, que acaban de regresar de Andalucía; Martín y Aguilera, Reynoso, Roca de Togores, Orellana, Squella y algunas más.




Don Manuel de Oruña y Reinoso, marqués de Castillo de Jara.
(Fot. Franzen.)

Del sexo fuerte, el ex presidente del Consejo señor Dato; los duques de Tamames, Béjar y Aliaga; los marqueses de Castellanos, Peñafiel, San Dionis y Castillo de Jara, título este último rehabilitado en 18 de Marzo a favor del distinguido oficial de la Escolta Real don Manuel Oruña y Reynoso, por cesión de sus padres; este título fué concedido a su antecesor don Pedro de Oruña y de la Puente Montecillo por el Rey Don Carlos II en 1.º de Mayo de 1869. El nuevo marqués es, además, Caballero de Montesa.

Estaban también los condes de Oliva, Luna, Villamonte y Casal; el vizconde de Amaya, los señores Melgar, Alonso Bayón, León y muchos más.

Ayer mismo, los nuevos esposos, a los que deseamos una vida venturosa, emprendieron su viaje de novios.

Una conferencia de la condesa de Bryas.

N el suntuoso palacio de Liria, señorial y artística residencia que no puede visitarse sin que nuestros recuerdos vuelen hacia un pasado esplendoroso capitaneados por los ascendientes ilustres del hidalgo duque de Alba, dió ayer tarde su anunciada conferencia la condesa de Bryas, dama francesa que, en unión de la marquesa de Ganay, se encuentra entre nosotros por un intento generoso de su corazón y que ayer hizo vibrar el de cuantos tuvimos el honor de escucharla en aquel salón-prócer de la morada suntuosa.

Vienen a España estas dos damas abandonando por breves días la capital francesa, donde consagran todos sus desvelos a una filantrópica fundación que, con el nombre de *Le Bon Gite*, está sembrando de beneficios las tierras que la guerra sembró de duelo.

Allí donde los ejércitos pasaron dejando en pos de sí la devastación y el abandono, van esas mujeres admirables llevando a los que quedan un socorro y un consuelo: van a reconstituir los hogares deshechos por la metralla; van a juntar las familias dispersas y a proporcionarles los medios de subsistencia que perdieron en los días trágicos; a darles las ropas y los enseres de los hogares incendiados y tal vez los instrumentos de labranza que harán brotar un día opulentas cosechas de aquellas tierras fértiles regadas con la sangre de los héroes; van, en fin, a dar un *buen albergue* a los que

quedan, para que puedan crecer y desarrollarse los infantiles vástagos de los que se fueron para siempre...

¿Cómo no íbamos a acoger nosotros con simpatía, con la simpatía que se inspira en la caridad y en el horror de la guerra, esta hermosa obra?

He aquí, pues, sucintamente expuesto el objeto de *El Buen Albergue*, fundado por la marquesa de Ganay, bajo el patronato de la princesa de Poix, de la marquesa de Breteuil y de Mme. Emile Boutroux, al que han consagrado y consagran su actividad muchas ilustres damas francesas. Y he aquí que, deseando la condesa de Bryas dar a conocer la institución de *Le Bon Gite*, pensó en dar una conferencia, y he aquí que el prócer duque de Alba cedió su palacio para que en él dirigiera su palabra suave y persuasiva a los invitados por las patrocinadoras la bellísima dama francesa.



Y fué allí, en el gran salón de fiestas, entre aquellos muros recamados de oro, ante aquella aristocrática concurrencia, de la que formaban parte ilustres personalidades que luego señalaremos, donde alzó su voz la condesa gentil para exponernos, no sólo el duelo de la campaña y la situación de las poblaciones, sino el propósito de *Le Bon Gite* y la gratitud al Rey de España por la obra de humanidad que constantemente realiza. «¡Gracias a él—decía—no son pocos los luchadores en las trincheras que pueden llevar a sus familias el eco cierto de su existencia!»

La conferencia fué un éxito completo; tuvo, además, el triunfo de la discreción y del talento, puesto que la palabra fácil y persuasiva de la condesa salvó con habilidad exquisita todos los escollos que pudiera ofrecerle su defensa de Francia, porque acaso no todos los reunidos pensasen como ella; pero la condesa de Bryas, sobre cuya cabellera rubia extendía sus alas amplio sombrero de paja adornado con blancas plumas, habló de la guerra sólo para relatar sus horrores y despertar en su auditorio un sentimiento de piedad.

¿Y cómo no sentirlo—aparte, naturalmente, de todo apasionamiento, de toda simpatía y hasta de toda justicia favorable a esta o aquella nación—cuando el aparato de proyecciones iba presentán-

donos las iglesias destrozadas, los pueblos en ruinas, las casas incendiadas, todo lo que ella ha visto en los ocho días pasados en Sermaize y otros pueblos del Marne, donde numerosas familias habitan en cuevas todavía, esperando la mano caritativa que vaya a redimir las de su miseria y abandono?

Todos los concurrentes sintieron la compasión de las circunstancias trágicas de los que no tienen hogar, ni trabajo, ni sustento, y cuando la condesa de Bryas, con una bandeja de plata sobre sus manos, cruzó por el salón solicitando una ayuda, todos depositaron una cantidad.

¿A cuánto ascendió aquella improvisada colecta? Pues en aquel momento se recaudaron 6.000 pesetas.



La conferencia, que duró, aproximadamente, una hora, fué coronada por prolongados aplausos como homenaje del auditorio a la elocuente y bella dama.

Entre las personas que vimos en aquel salón soberano figuraban, además de las duquesas de Fernán-Núñez, Santo Mauro, Montellano y Santoña, la condesa de Casa-Valencia y la marquesa de Ganay, que formaban el Patronato; las embajadoras de Francia, Inglaterra, Italia y Estados Unidos, Mme. Geoffroy, lady Hardinge, condesa de Bonin-Longare y mistress Willard; la princesa Pio de Saboya, las duquesas de Ahumada, Pinohermoso, San Carlos, Baena y Arión; marquesas de Comillas, Valdeolmos, Almonacid, Medina, Aguila Real, Santo Domingo, Somosancho, Quirós, Villamanrique, Ivanrey, Mina, Valdeiglesias, viuda de Hoyos, Moherando, San Miguel de Híjar, Santa Cruz; condesas de San Félix, San Luis, Castilleja de Guzmán, Heredia-Spinola, Agrela, Clavijo, Caltavuturo, Romilla y Alcubierre;

Vizcondesas de Eza y Portocarrero, baronesa de Meyendorff, Mme. Van Royen, esposa del ministro de los Países Bajos; las señoras y señoritas de Dato, Beistegui, Núñez de Prado, Bermúdez de Castro, Mme. Vieugué, Barrenechea, Alcalá Galiano, Cuadra, Muguero e hija, Guri, Wilde, Castellanos, Fernández de Henestrosa y Salabert, Cárdenas, Post, Hurtado de Amézaga, Muñoz Vargas,

Ruata, Osma, Iturralde, Escandón, Agrela, Falcó, viuda de Arcos, De Wienne, Owens, Propper, Michaud y Cocagne.

Los ex presidentes del Consejo señores Maura y Dato, los ex ministros marqués de Figueroa, Osma y conde de Esteban Collantes; el ex subsecretario marqués de Santa Cruz, el ex alcalde señor Prado y Palacio, los embajadores de Francia, Inglaterra e Italia; los ministros de Bélgica, Rumania y Países Bajos; los duques de Ahumada, Aliaga, Montellano; el príncipe Pío de Saboya, los marqueses de Pons, Valdeiglesias, Mina, Villavieja, Mohernando, Bellamar, Barzanallana y Camarasa; M. Vieugué, los condes de los Llanos, Romilla, San Luis, Sierrabella; los señores Torres (don Emilio), Salamanca (don Carlos), Ramírez Tomé, Beistegui, Halphen, Escalera, Walter, Gandarillas, Alcalá Galiano y algunos más.

El duque de Alba y su hermano el de Peñaranda hicieron los honores con su tradicional cortesía.

Los invitados fueron obsequiados con un espléndido refresco.



La condesa de Romanones.

(Fot. Franzen.)

Las comidas del Presidente. En el hotel de los condes de Romanones.

SE inauguraron anoche. Y a fe que el efecto de aquel comedor elegantísimo era brillante. En torno a aquella mesa cuyo adorno... Pero no; digamos antes que estas comidas iniciadas ya por los condes de Romanones hace dos años, es decir, cuando el actual jefe del Gobierno ocupaba otra vez la presidencia del Consejo, debían haberse inaugurado antes de anoche; acaso en Marzo; pero enfermedades y dolencias de ilustres diplomáticos fueron retrasándolas hasta la de ayer, en que alrededor de aquella mesa adornada con grandes rosas cuyos rojos pétalos florecían sobre el blanco mantel, tomaron asiento los invitados.

Donde esté la condesa de Romanones está, además de la belleza, la bondad, y con la bondad y la belleza, la presidencia. Sin duda comprendiéndolo así también—pues que es de justicia que así sea—un ilustre poeta español (creo que Ricardo de la Vega) escribió en un álbum dedicado a la condesa de Romanones, cuando el conde era *tan solo* alcalde mayor de esta villa:

Señor alcalde mayor
no ponga en las calles piedras
y ponga en su lugar flores,
que va a pasar la condesa.

Algo así es, que yo aplaudí muy de veras cuando mis ojos pasa-

ron su mirada por estos cuatro versos que valeu por cuatro mil, puesto que encierran todo el espíritu de la justicia caballeresca y galante del pueblo español.

«Que va a pasar la condesa».

Eso pensábamos anoche también cuando los criados anunciaron: «Los señores están servidos».

Estas comidas de los condes de Romanones tienen desde luego un gran interés. Acaso, es decir, ¡qué acaso!, seguramente, los cronistas de los tiempos que nosotros no llegaremos a conocer—y bien lo sentimos—recordarán estos banquetes como notas históricas de la época. Dirán, entonces, que el conde y la condesa de Romanones, dama ésta que era ejemplo de esposas y de madres, ofrecían, cuando ocupaban las altas esferas del Poder, espléndidos banquetes en los que reunían con el elemento diplomático, lo más saliente de la política y lo más distinguido de la aristocracia.

Sí, señores, sí; dirán esto y dirán verdad. Y si no, leed los comensales del banquete de anoche en aquella residencia de la Castellana, avalorada por las joyas, abrillantada por las obras de arte, embellecida y alegrada por la presencia de esa dama para la que Ricardo de la Vega pedía... Ya lo saben ustedes.

Anoche sentáronse a la mesa: El nuncio de Su Santidad, monseñor Ragonesi, y el embajador de Alemania, a derecha e izquierda de la condesa; a derecha e izquierda del conde, la princesa de Ratihor y Mme. Van Royen, siendo ocupados los demás puestos por la duquesa de la Victoria, presidente del Congreso, señor Villanueva; ministro de Estado y señora de Gimeno, ministro de Gracia y Justicia y señora de Barroso, ministro de Rumania, señor Cretziano; ministro de los Países Bajos, M. Van Royen; agregado militar de Austria-Hungría y condesa de Dzedizechuskar, agregado militar de Alemania, señor Kalle; auditor de la Nunciatura, señor Solari; la condesa y el conde de Velayos y don Carlos Figueroa.

Después de la comida—servida como es costumbre en casa de los condes de Romanones y luciendo la servidumbre las libreas de gala—pasaron las señoras al salón del piano y los caballeros *fumadores* al despacho del conde. Admirábanse las obras de arte que

decoran los muros o que se alzan sobre gentiles columnatas, pero charlábase también; se formaron grupos y entre el humo de los cigarrillos turcos y el aroma suave de los habanos circularon muy quieto no sé cuántas charlas políticas. Al presidente del Congreso le felicitaban por su elección; el ministro de Estado conferenciaba con el príncipe de Ratibor; el presidente del Consejo con el nuncio de Su Santidad... y así todos.

Y a la una de la madrugada en que terminaron las charlas y en que se *levantó* la última mesa de *bridge*, terminó tan grata reunión.

Y sobre la mano nacarada de la condesa ponían los invitados, con su despedida, un beso de respeto.

JUNIO - 1916

Fiesta en el palacio de la marquesa de Manzanedo.

CÓMO describir la fiesta que ha poco ha terminado y cuyos ecos parecen percibirse todavía, cuando nos falta el tiempo y el espacio? El espacio, porque en estas hojas volanderas se acumulan a veces los sucesos de un modo extraordinario; el tiempo, porque hoy, dentro de unos minutos como quien dice, en las horas primeras de la mañana, hemos de salir para bellas tierras de Andalucía, amable y cariñosamente invitados por un ilustre coronel, al que deseamos el fajín, y a la vez futuro—que ha de convertirse prontamente en presente—senador vitalicio.

¿Pero cómo partir para la estación sin antes dejar, camino del *Heraldo*, estas cuartillas que cuenten al lector, siquiera sea sucintamente, la brillante fiesta de anoche? No; eso no puede ser; nosotros no podemos hacer eso. Así, pues, vamos rápidamente a *entrar en fuego*, es decir, que, dando por terminado el exordio, nos reduciremos a la fiesta.

Un baile en el palacio de la marquesa de Manzanedo es siempre una fiesta lucida, elegante y espléndida. Si se agrega que asisten los Reyes, entonces la fiesta es magnífica. Y a la de anoche, a la que acaba de terminar, a la que ha finado con los primeros resplandores del alba, han asistido las personas reales.

¡Qué maravilloso golpe de vista el de aquellos salones, el de aquella escalera marmórea en cuyos barandales, que casi desapare-

clan bajo las flores, se agrupaban cien caras bonitas esperando la llegada de los Reyes e infantes!

—Pero vamos a ver, amigo mío, ¿cuáles son las flores que adornan en verdad la escalera: las rosas, los claveles, las lilas blancas o...

—Las damitas, las damitas, sí, señor: esas damitas sobre cuyos tocados—mírelos usted—se alzan orgullosas las altas peinetas de concha y de carey.

—Como que parecen reproducir aquel tapiz de Goya «Las majas al balcón».

—Verdad, mucha verdad.

Y van llegando las personas reales. Primero S. A. R. la infanta doña Isabel, que sube del brazo del duque de Santoña, quien con sus hermanas la duquesa de Lécera, condesa de Crecente y condesa del Rincón, y con sus hermanos políticos, aguarda al pie de la escalera a todos los augustos invitados. Su alteza, a quien acompaña su dama la señorita de Bertrán de Lis, viste elegante traje negro y plata y ostenta varios hilos de magníficas perlas; llegan después SS. AA. los infantes don Carlos y doña Luisa y el príncipe Raniero de Borbón; con ellos viene el joven matrimonio príncipe Felipe de Borbón; ella, como es sabido, es una princesa de Orleans, hija de los duques de Vendome, delicada belleza que viste elegante traje de gasa rosada; por último, los acordes de la Marcha Real anuncian la llegada de SS. MM., que suben precedidos de dos lacayos con librea de gala, llevando en las manos candelabros de plata con velas encendidas; la Reina se apoya en el brazo del duque de Santoña y el Rey da el suyo a la duquesa de Lécera; pero al entrar en los salones lo hace conduciendo a la marquesa de Manzanedo, que aguardaba a los soberanos en lo alto de la escalera.

El Rey viste de frac, con las insignias del Toisón y de las Ordenes militares; la Reina, bellísima, lleva traje rosado, cubierto de gasa argentada, con gran bordado de flores de plata en el borde de la falda; se adorna con un soberbio hilo de perlas y con diadema y pendientes de brillantes.

Comienza el baile. Han cesado los acordes augustos de la Marcha Real, de la Marcha de Infantes, y suenan ya los de los bailes de moda. El efecto de aquel salón es encantador; las luces, las joyas,

los dorados de los adornos, las gasas vaporosas y pintorescas de los vestidos de las damas, el *parquet* que brilla como un espejo, los acordes rítmicos que suenan con aire de misterio..., todo convida a disfrutar, y la Reina lánzase al baile, eligiendo por pareja a Jack Santoña, y el Rey baila con Pomposa Escandón, la linda hija de los marqueses de Villavieja, y detrás de SS. MM., que habían inaugurado la fiesta, siguieron las demás aristocráticas parejas.

—¿Se ha fijado usted en la concurrencia?—hay quien dice.

—¿Se ha fijado usted en las *toilettes*?—hay quien añade.

Todo ello es difícil. ¿Quién luce más joyas? ¿Quién las lleva mejor?

La marquesa de Manzanedo, a quien rodeaba el bello grupo de sus nietas, las hijas de los duques de Lécera y de la condesa viuda de Crecente, vestía elegante traje negro. Del mismo color, con adornos de plata, sus dos hijas, las de Crecente y Lécera.

La bella marquesa de la Mina llevaba un precioso traje, que hacía recordar las telas orientales. Era el vestido de una tela veneciana, en la que se combinaban en feliz consorcio los tonos azules, morados y grises. Se adornaba con perlas y brillantes.

Con suprema elegancia vestía la duquesa de Montellano traje de tisú, de color rosa encendido y plata, con adornos de tul. Muy elegantes asimismo la condesa de Torre-Arias, con traje gris, y la señora de Beistegui, con vestido de tisú amarillo y azul claro, adornado con gasas.

La duquesa de Parcent lucía soberbio traje bizantino, de tisú de oro pálido, adornándose con diadema de esmeraldas, rodeadas de brillantes, y collar de perlas, y su hermana, la marquesa de Ivanrey, traje de tul azul obscuro, sobre fondo gris, y magníficas perlas. De tisú de oro, la princesa de Saboya, y de azul obscuro, la condesa de Agrela.

El grupo de muchachas llamaba la atención, tanto por sus elegantes atavíos como por su belleza.

En primer término admirábase la juvenil belleza de quienes podía decirse que asistían a su primer baile, aunque ya hubiesen concurrido a alguna otra fiesta íntima en casa de los duques de Santo Mauro.

Era una de ellas Paloma Falcó, la hija de los duques de Monte-

llano, que es una de las bellezas de la nueva generación. Vestía traje de color rosa, adornado con encajes, y en la cabeza lucía una sencilla diadema de yedra, formada con brillantes, precursora de la corona que más adelante llevará de alguno de los títulos de su ilustre Casa. La segunda era María del Rosario Agrela, hija de los condes de Agrela, bellísima también, con elegante traje de color de cereza. A ambas gentiles muchachas las eran rendidos los homenajes del baile.

Con la marquesa de Santo Domingo, además de su hija mayor, Lorenza, iba la segunda, Eulalia, tan guapa como su hermana. Es bien sabido que las damas de la familia del Salar heredan, con los apellidos, la belleza de su madre y de su abuela.

A la señora de Cuadra acompañaba una rubia encantadora: miss Post, belleza inglesa, que está pasando en Madrid una temporada; con la marquesa del Mérito, recién llegada expresamente de Córdoba para asistir a este baile, iba su bella hija Mimí, con traje azul pálido.

No llamaban menos la atención, en el grupo de lindas jóvenes, las señoritas de Baztán y Cayo del Rey, María Santo Mauro, Carmen Viana, luciendo alta peineta, muy graciosa; la duquesa de Algete, la marquesa de Espinardo, Carmen Portago, Mildred Caltavuturo, Mimí Rózpide, miss Willard, las Crecentes y las Léceras, ya citadas; las Villamarciel, las señoritas de Dato, Pérez de Guzmán, Muguero, Castrillo, Piedad Iturbe, Núñez de Prado y Pidal; la marquesa de Villamanrique, y tantas más.

Figuraban también las duquesas de Santo Mauro, Arión, Baena, T'Serclaes, San Carlos, Ahumada y Victoria;

Marquesas de Viana, Aranda, Santa Cristina, La Guardia, Mohernando, Baztán, Cayo del Rey, Hoyos y viuda del mismo título, Guimarey, Alhucemas, Almonacid, Pozo Rubio, La Torre, Argüeso, Campo-Fértil, Atarfe, Aguila Real, Peñafuente, Scala, Valdeolmos, Somosancho y viuda del mismo título, Rocamora, Santa Cruz y Valdeiglesias;

Condesas de Maceda, Unión, Heredia-Spinola, Corzana, Esteban y viuda del mismo título, Caltavuturo, Villamarciel, Alcubierre, Romanones, Castilleja de Guzmán, Clavijo y Velayos;

Vizcondesas de Fefiñanes, Portocarrero y Antrines, y

Señoras y señoritas de Dato, Fernández Villaverde, Zulueta y Martos, Santa Marina, Castilleja de Guzmán, Ruata, Rocamora, Vadillo, Velilla de Ebro, Lombillo, Alhucemas, Díez de Rivera, Ibarra (don Fernando María), Santos Suárez, Willard, Van Royen, viuda de Arcos, Muguero, Silvela (don Mateo), Núñez de Prado, Barroso, Movellán, Benamejís, López de Carrizosa, Maroto, Santos Suárez, Zulueta, Amézaga, Rocamora y tantas más.

También asistían el presidente del Consejo, el ministro de Gracia y Justicia, ex presidentes del Consejo señores Dato, Maura y marqués de Alhucemas; príncipe Pío de Saboya, duques de Montellano y Santo Mauro, marqueses de la Mina, Santa Cruz, Viana, Larios, Genal, Valdeterrazo y Scala; condes de Peña Ramiro, Címera y Agrela; señores Escandón, Escalera, Ibarra (don Fernando María), Moreno Carbonero, Parladé, Hoyos (don Antonio) y otros.

Se sirvió una espléndida cena en el comedor del palacio para SS. MM. y AA., y en la galería para los invitados.

Un carruaje se ha detenido ante nuestros balconcitos de piso bajo, abiertos a la brisa matinal, fresca y saludable; bajo la charolada capota del *milord* asoma una cara amiga que cariñosamente nos dice:

—¿Estamos, compañero de viaje?

Y yo miro desde mi mesa de despacho a la calle y veo el *milord* y la cara sonriente de mi amigo querido.

—Estamos, mi coronel—le digo.

Y escribo que la marquesa de Manzanedo y sus hijos hicieron amablemente los honores; meto en un sobre las cuartillas, me despidió de mi mujer, doy no sé cuántos besos a mis hijos, que duermen aún, y... a la estación del Mediodía.

¡Adiós, Madrid! Hasta pronto. Por unos días dejo la ciudad castellana para respirar los aires puros de un cortijo andaluz.



Srta. María Teresa Laffitte.

(Fot. Franzen.)

La Srta. de Laffitte y el señor Roca de Togores.

En Sevilla se ha celebrado este enlace; pero por ser los novios muy conocidos de la sociedad madrileña, reproducimos a continuación cuantos detalles nos envían de este grato suceso, uniendo nuestro deseo de felicidad a cuantos se le han formulado al joven matrimonio.

EN la suntuosa morada de los señores de Osborne (don Roberto) se verificó esta mañana la boda de la encantadora María Teresa Laffitte y Vázquez, nieta del conde de Lugar Nuevo, con el distinguido aristócrata don Pedro Roca de Togores, primogénito de los marqueses de Peñafiel.

»El vestíbulo y los espaciosos patios de la casa presentaban un bello aspecto, exornado con artísticos juegos de flores y guirnaldas. Elegantes macetones prestaban un conjunto altamente pintoresco.

»En los salones de la planta alta el decorado, del más puro estilo árabe, contrastaba notablemente con la riqueza del mueblaje, viéndose una espléndida exposición de flores en afiligranados jarrones.

»El oratorio presentaba igualmente un deslumbrante aspecto, realzado por multitud de luces sobre candelera de plata repujada, apareciendo en el centro del altar una valiosa imagen de la Virgen del Carmen.

»La gentil Teresa Laffitte entró en el oratorio del brazo de su padrino, el marqués de Peñafiel, luciendo traje riquísimo de tisú de

plata, ciñendo su cabeza una corona de azahar y tocada con albo velo.

»La cola del traje la llevaban los preciosos niños José María Osborne, Felipe y María Luisa Laffitte y Guadalupita Osborne.

»El novio vestía el uniforme de caballero de Santiago.

»Entró en la capilla del brazo de su madrina, la señora doña María Teresa Vázquez, madre de la novia.

»Ofició en la ceremonia el arcediano de la catedral, doctor Oliva, actuando de testigos, por parte de la desposada, el marqués del Sallillo, don Juan Vázquez, don Felipe de Pablo Romero, don Rafael Laffitte y el conde de la Cortina, y por el novio, su tío el duque de Béjar, don Carlos Roca de Togores, el marqués de los Ríos, el duque de San Fernando de Quiroga y don Leopoldo de Tordesillas.

»El acto fué presenciado por una selecta concurrencia, asistiendo las señoras y señoritas tocadas con mantilla y luciendo soberbias y elegantes *toilettes*.

»Terminados los oficios de la boda se celebró una misa, en la que se distribuyó la Sagrada Comunión.

»En los salones de la planta baja se obsequió después a los invitados con un champagne de honor y un chocolate.

»La concurrencia fué numerosísima y distinguida. Lo mejor de Sevilla y mucho bueno de Madrid.

»Los novios han recibido un considerable número de regalos valiosos de sus amistades.


»En automóvil marcharon a la hacienda *El Campillo*, donde pasarán la luna de miel, deseándoles sea ésta eterna.»



La marquesa de Mohernando, vistiendo el traje de Dalila en la
función de *Cuadros vivos*.

(Fot. Kaulak.)

Arte y caridad. Una función de "Cuadros vivos".

ON una gran brillantez y con un éxito tan extraordinario como merecido, se ha celebrado anoche en el teatro Español la anunciada función de *Cuadros vivos* a beneficio de la nobilísima institución Hospedería del Patrocinio de María y de la Asociación Matritense de Caridad.

La fiesta fué realmente magnífica. ¡Lástima que nos falte el espacio para detallar debidamente aquella representación en la que el arte y la belleza, todo espléndido, fueron desplegados por las lindísimas señoritas de la aristocracia, que tan admirablemente conjuntaron, bajo la dirección del ilustre Moreno Carbonero! Y para que la fiesta tuviera marco apropiado, no sólo se escogió el teatro Español, sino que se adornó artísticamente con flores y tapices; así, por ejemplo, la embocadura desaparecía bajo los *tupidos* de rosas y claveles; bajo las guirnaldas de flor, las balaustradas de los palcos; bajo regio tapiz, guarnecido de claveles amarillos y rojos, la de los entresuelos de frente al escenario, destinados a la Real familia. ¡Bien se portaron Stuyk, director de la Real Fábrica de Tapices, y Cecilio Rodríguez, jardinero mayor del Ayuntamiento de Madrid.

La decoración era, pues, magnífica, y el efecto de la sala del antiguo corral de la Pacheca o del antiguo teatro del Príncipe—mi amigo y compañero Flores García tiene en este extremo la palabra—era suntuoso. Figuraos que detrás de cada flor había una mu-

jer hermosa, adornada con sus mejores joyas... después de con su propia belleza; figuraos que en cada palco se reunían unas cuantas hermosuras; que las butacas nos ofrecían también lindo aspecto con sus bellísimas ocupantes; que allí, en aquel palco del centro, en el del tapiz cubierto de claveles amarillos y rojos—; viva España!—, asomaba, soberanamente hermosa, la hermosa Soberana de mi patria: la Reina.

El efecto de la sala lo calculáis seguramente.

Y cuando toda la familia Real—el Rey, la Reina Victoria, la Reina Cristina, la infanta Isabel, los infantes don Carlos y doña Luisa, el infante don Fernando y la duquesa de Talavera, el infante don Alfonso y la infanta doña Beatriz, el príncipe Felipe y la princesa de Orleans y el príncipe Raniero—, después de haber sido recibidos por la Junta de damas de la Hospedería beneficiada, ocuparon sus palcos, comenzó la representación. Eran las diez y media.

El programa había despertado vivo interés. Realmente era interesante. Y como se sabía que el gran Moreno Carbonero había puesto en él todo su entusiasmo, desde luego se esperaba una delicada nota de arte.

Helo aquí.

PRIMERA PARTE

CUADROS VIVOS

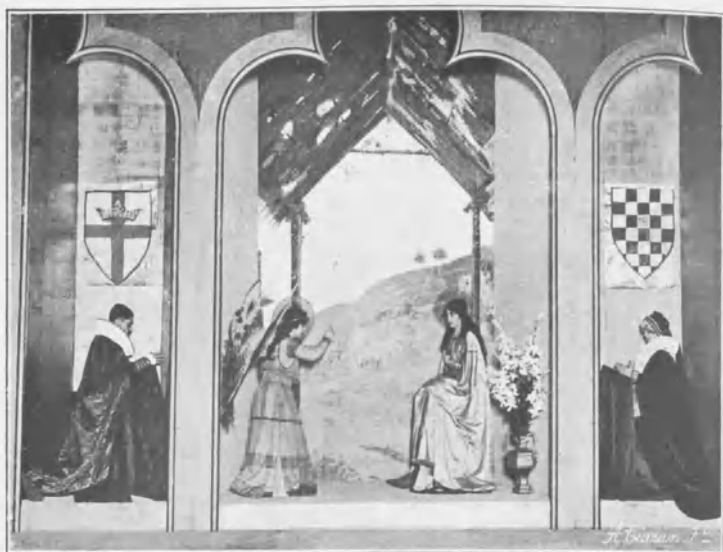
1.^o TRÍPTICO DE LA ANUNCIACIÓN DE LA VIRGEN.—Señoritas María Rosa San Miguel, Angela Martínez Campos, Paloma Falcó y don Manuel Falcó.

2.^o LA ADORACIÓN DE LOS REYES.—Señorita Blanca Pérez de Guzmán, duquesa de Algete, señorita María Fernández de Henestrosa, don Jaime Martínez del Río, don José Moreno Carbonero, don Manuel Escandón y marqués de Moratalla.

3.^o LA VIRGEN DE LOS ANGELES.—Señoritas Isabel Fernández de Villavicencio, Carmen Saavedra, María Teresa Muguero, Carmen Icaza, María Fernández de Henestrosa, duquesa de Algete y señorita María del Alcázar.

4.^o GRUPOS DE PORCELANAS DEL RETIRO.—Señoritas Blanca Aragón, Casilda Fernández de Henestrosa, Eulalia Maroto, Inés Travesedo, don José Sartorius, don Carlos Beistegui, don Armando Propper y don José Falcó.

5.^o ESCENA DEL QUIJOTE.—Señorita Paloma Falcó, vizcondesa de Eññañes, señoritas Gabriela del Alcázar, Carmen Icaza, Catalina Hurtado de Amézaga, Rosario Agrela, conde de Mejorada, don Joaquín Osma, marqués de Moratalla, don Eduardo Travesedo, don Agustín Figueroa, don Manuel Falcó, don José Falcó y don Justo San Miguel.



La Anunciación de la Virgen.

(Fot. Campúa.)



La Adoración de los Reyes.

(Fot. Campúa.)

SEGUNDA PARTE

Coro y baile de la opereta LA GEISHA.—Señoritas Teresa Hurtado de Amézaga, Mercedes Arcos, Pepita Santos Suárez, Reyne Post, María Rosa San Miguel, Rosa Osma, duquesa de Algeté, señoritas María Victoria García Prieto, Mildred Caro, Cristina Travesedo, Carmen Cabeza de Vaca y Angela Martínez Campos.

Escena del primer acto de la ópera SANSÓN Y DALILA (canción de la *Prima-veda*).—Marquesa de Mohernando, condesa de la Vega del Ren, duquesa de Algete, señoritas Blanca R. de Rivas, María Teresa Muguíro, Isabel Dato, Fortunata Osma, Carmen Cabeza de Vaca, Reyne Post, Blanca Aragón, María Rosa San Miguel, Paloma Falcó, Rosa Osma, María Victoria García Prieto, María Fernández de Henestrosa y Teresa H. de Amézaga.

Vals y fantasía de la opereta LOS QUÁQUEROS.—Marquesa de Mohernando, señoritas Paloma Falcó, Carmen Cabeza de Vaca, Angela Martínez Campos, Reyne Post, Teresa Hurtado de Amézaga, Mildred Caro, Mercedes Arcos, Pepita Santos Suárez, Inés Travesedo, Cristina Travesedo, conde de Mejorada, marqués de Moratalla, don Jaime Díaz de Rivera, don Joaquín Osma, don Jaime Martínez del Río, don Eduardo Travesedo, don Manuel Falcó, don José Falcó, don Juan Propper y don Eduardo Propper.

ESTÁN INVITADAS SUS MAJESTADES Y ALTEZAS REALES



¿Por dónde empezar los elogios ya que sólo elogios merecen los aristocráticos intérpretes? ¿Quién ha dicho que la de elogiar es tarea fácil?

Aquí le quisiera yo ver ante esta mesita en la que escribo y con la pluma puesta sobre un montoncito de cuartillas, después de haber asistido a la fiesta del Español, ¿Por dónde empezar? Consignando anticipadamente que todos estuvieron admirables, seguiremos en esta crónica el orden del programa.



Tripticos religiosos. ¡Qué gran acierto la elección de estas obras de tan mística unción!

La Anunciación de la Virgen, dijérase inspirado en el *primitivo*, que regaló la señora de Iturbe a nuestra Pinacoteca.

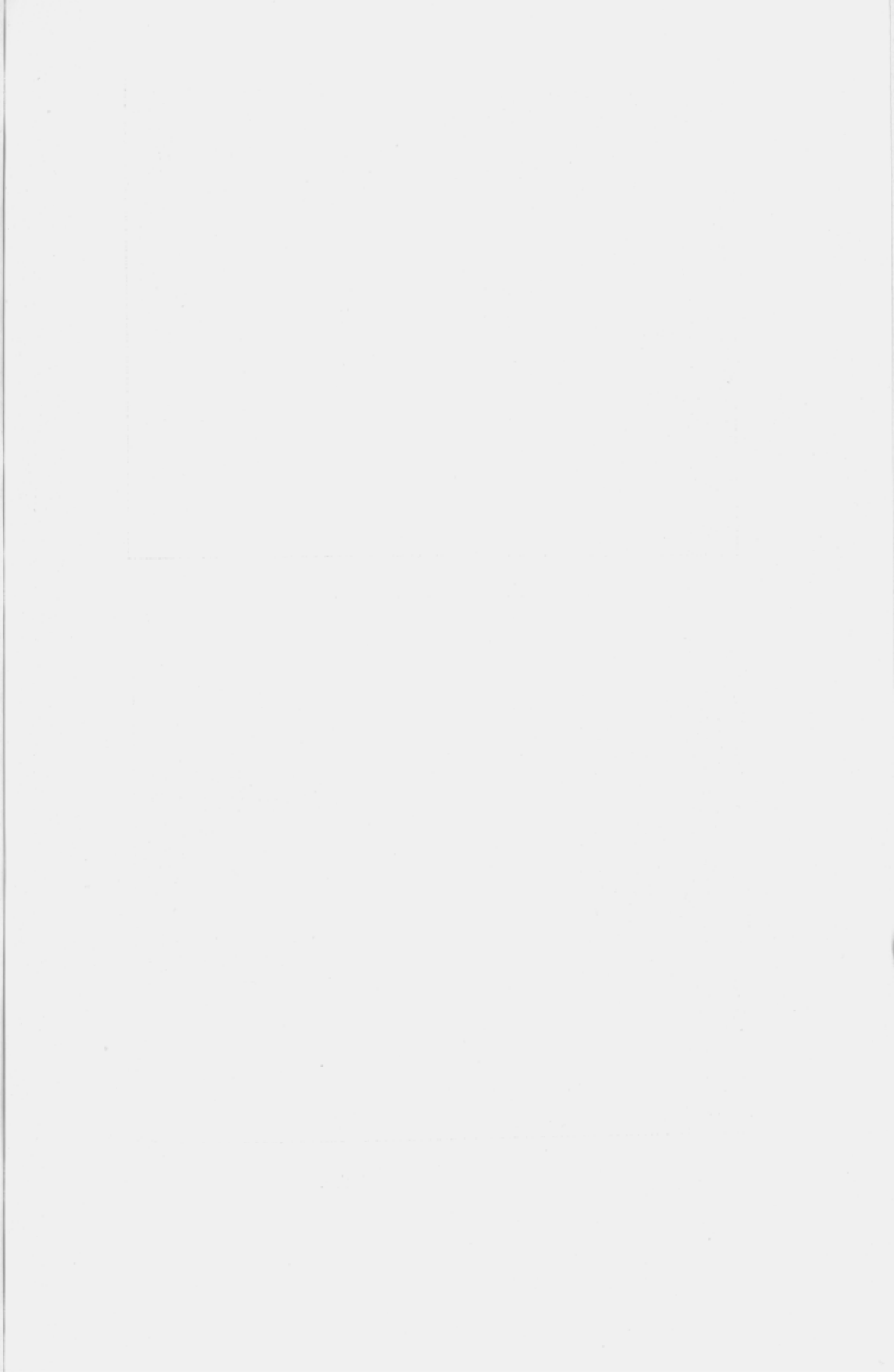
Representa a la Virgen la encantadora hija de los marqueses de Cayo del Rey, y su prima Angeles Martínez Campos, hija de los

del Baztán, al Arcángel. Este cuadro, que tiene a ambos lados—arrodillados en sendos reclinatorios—a los donantes, representados por Paloma y Manuel Falcó, ricamente ataviados, es bellissimo, como lo es asimismo *La Virgen de los Angeles*, en que una beldad incomparable, Isabel Fernández de Villavicencio, hija de la marquesa de Castrillo, aparece en lo alto de dorada escalinata, a cuyos lados los ángeles, vistiendo largas túnicas de gasa de pálidos matices, pulsan doradas liras en varias y artísticas actitudes, combinadas con sabia perfección. Con decir que estos ángeles están representados por Carmen Saavedra, la bellissima hija de los marqueses de Viana; María Teresa Muguero, Carmen Icaza, María Santo Mauro, duquesa de Algete y María del Alcázar, hija de la condesa de Crecente, está hecho su elogio. Es una verdadera corte celestial.

El de *La adoración de los Reyes*—que parecía copiado de una tabla de Hansmemling que se admira en nuestro Museo de Pinturas—produjo extraordinario efecto. La figura ideal de Blanca Pérez de Guzmán, hija de los duques de T'Serclaes, que representaba la sagrada imagen de la Virgen con el Niño en el momento en que los Monarcas del Oriente llegan a prestarle adoración y a ofrecerle sus regios presentes, es una maravilla; la pompa de las vestiduras de los Reyes Magos, que encarnan a la perfección los jóvenes Manuel Escandón, José Moreno Carbonero y Jaime Martínez del Río, contrasta con los sencillos atavíos de la Virgen y de San José (marqués de Moratalla), que se envuelven en amplias túnicas de rígidos pliegues. En las puertas del tríptico, sobre el áureo fondo, dos ángeles pliegan sus grandes alas y se arrodillan en actitud de adoración juntando las pálidas manos, manos alargadas y marfileñas, como las de las figuras de Fra-Angélico, mientras caen las gasas albas y rosadas de sus túnicas sobre los núbiles cuerpos que se destacan del fondo en una especie de místico arrobamiento. Estos dos bellísimos ángeles son representados por María Santo Mauro y la duquesita de Algete.



—¿Cuánto daría usted, señor coleccionista, por ese grupo de porcelanas del Retiro que tiene ante su vista?—decíanle a un ilustre marqués que ocupaba una butaca próxima a la mía.





La Virgen de los Angeles.

(Fot. Campúa.)



Grupo de porcelanas del Retiro.

—¡Oh!, no sé: para pagar eso no tendría yo dinero bastante—
respondió él.

Y llevándose los gemelos a sus ojos, exclamó después de un rato de contemplación:

—¡Admirable, admirable! Realmente si se pudiesen adquirir esos grupos sería cosa de hacer un esfuerzo.

¿Quiénes eran aquellas figuritas?

Pues esos graciosos grupos que reproducen escenas pastoriles o cortesanas de la época del Rey-poeta, han sido admirablemente interpretados por las preciosas señoritas de Casa-Torres, Camarasa, Santo Domingo y Santa Cristina, y por los jóvenes Carlos Beistegui, José Sartorius, José Faicó y Armando Propper.

Completamente vestidos de blanco, con los encajes de las faldas y de las casacas imitando la dureza de la pasta de porcelana, la ilusión es completa.

Sobre una gran peana se alza en el primer grupo un jarrón, en cuyos lados se apoyan dos pastores que tocan la gaita y la dulzaina. A su alrededor y en actitud de bailar, un grupo de muchachas y muchachos se adornan con guirnaldas y trajes pastoriles. Es la presentación una obra de arte.

La figura principal del segundo grupo aparece en pie; es un joven músico que toca la flauta. A sus pies una linda muchacha sostiene un libro de música que muestra al artista. A su lado otro joven aparece tendido en el suelo. ¿Será acaso un vencido, un desengañado? El efecto es primoroso.

En el grupo tercero y sobre dos peanas distintas, aparecen encantadoras parejitas de baile.

Muy bien, muy bien. Digo lo del marqués:

—Si esos grupos se vendieran..., sería cosa de hacer un esfuerzo.



Con razón recuerda *Monte-Cristo* al llegar a este cuadro que titula Moreno Carbonero *Escena del Quijote* y que, según *Mascarilla*, podría titularse también *Don Quijote en casa de los duques*, con razón, digo, recuerda el párrafo aquel del libro inmortal que dice:

«Con estos razonamientos, gustosos a todos, sino a Don Quijote, llegaron a lo alto y entraron a Don Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocados; seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del Duque y de la Duquesa de lo que habían de hacer y de cómo habían de tratar a Don Quijote para que imaginase y viese que le trataban como a caballero andante...»

Y Don Quijote—encarnación acertadísima del joven conde de Mejorada—, «seco, alto, tendido...», según le presenta el insigne escritor, aparece en un sillón fraileró de respaldo bordado sobre rojo terciopelo en sedas de colores—valiosa pieza, como otras muchas, cedida generosamente para la fiesta por los señores de Cabrejo—, dejando que las doncellas le quiten las espuelas. ¡Y qué doncellas! La gentil vizcondesa de Fefiñanes, Gabriela del Alcázar, Catalina Amézaga... El Duque y la Duquesa, Paloma Montellano y Manolo Reina, ataviados con riqueza, contemplan la escena, que presencian asimismo dos dueñas, que en vano tratan de encubrir su hermosura con los severos atavíos, y son Rosarito Agrela, hija de los condes de Agrela, y Carmen Icaza; el escudero Sancho, Joaquín Osma, que, vuelto de espaldas al público, está presto a ayudar a su amo, y varios otros pajes y escuderos, que los representan el marqués de Moratalla, Eduardo Travesedo, Agustín Figueroa y Justo San Miguel, hijo de los marqueses de Cayó del Rey.

¡Con cuánto entusiasmo fué aplaudida esta composición! Y cuántas felicitaciones recibió el ilustre Moreno Carbonero, el gran intérprete, como es sabido, de las escenas del *Quijote*.



La segunda parte es musical.

Empuñá la batuta Guervós y la orquesta nos deja escuchar el coro y baile de *La Gheisa*.

Se levanta la cortina, y nos sonrío encantadora visión oriental. El Imperio del Sol Naciente aparece en una de sus representaciones más bellas. Son las *gheisas*, las bailarinas de pies alados y rostros sonrientes, representadas por lindísimas muchachas de la sociedad.



Grupo de porcelanas del Retiro.



Grupo de porcelanas del Retiro.

(Fot. Campúa.)

Visten las encantadoras *gheisas* lindos *kymonos* de colores: rosas, encarnados, verdes, azules, amarillos, poblados de pájaros fantásticos y de flores exóticas. Anchas fajas, de distintos colores de los que tienen los *kymonos*, sujetan a la espalda el característico *obi*; el cabello, peinado hacia atrás, deja al descubierto la frente; grandes crisantemos sobre las sienes, y agujas que terminan en abanicos diminutos, completan el tocado. Por zapatos llevan *guetas* nipones, de fina paja.

¿Quiénes son las graciosas *gheisas*? Al pintar sus ojos, para darles la oblicuidad de rigor, y al fijar en las mejillas el color de que gustan las *musmés*, han perdido algunas sus rasgos propios, y el aristocrático concurso casi no las reconoce.

Pero el programa nos dice que las lindas japonesitas son la duquesa de Algete, Carmen Portago, Teresa Hurtado de Amézaga, Mercedes Somosancho, Pepita Santos Suárez, Reyne Post, María Rosa Cayo del Rey, Rosa Osma, María Victoria García Prieto, Mildred Caro, Cristina Travesedo y Angela Martínez Campos.

La danza representa acaso los amores de una mariposa. Y en efecto: más que bailar las *gheisas*, parece que revolotean; los menudos pies se pierden en los giros del baile.

El público concede a las artistas una entusiasta ovación, ciertamente muy merecida.



Signió otro número, elegido con acierto e interpretado con arte y gracia. La opereta inglesa *The quaker's girl* fué uno de los mayores éxitos de la temporada teatral, y el número del vals escogido para esta fiesta, y perfectamente ensayado por cierto, uno de los que más deleitó al público. Interpretado ahora por tan gallardas figuras, constituyó anoche un éxito colosal.

Las jóvenes *quaqueras*, ataviadas con trajes grises de crespón y rizados delantales, tocadas las cabezas con las graciosas tocas blancas, que tanto favorecen, están bellísimas. Capitanean el grupo la marquesa de Mohernando y Paloma Montellano, con lindos delantales y tocas plateadas. Completan el coro femenino la duquesa de Algete, Carmen Portago, Angela Martínez Campos, Cristina e Inés Travesedo, Reyne Post, Teresa y Catalina Hurtado de Amé-

zaga, Mildred Caltavuturo, Mercedes Somosancho y Pepita Monteagudo.

Los *quáqueros* han substituído su característica indumentaria por otra más elegante, y visten de frac, con un clavel blanco en el ojal. Componen el grupo masculino el conde de la Mejorada, el marqués de Moratalla, Jaime Almodóvar, Joaquín Osma, Jaime Martínez del Río, Eduardo Travesedo, Manolo y Pepe Mina, y un joven Propper.

La marquesa de Mohernando canta muy bien el vals, con gran afinación, secundada por el coro. Después bailan las *quáqueras*, y el número resulta de precioso efecto. No hay que decir que los aristocráticos artistas se vieron obligados a repetirlo.

Pero el éxito del baile correspondió a Palómita Montellano. «Su linda figurita envuelta en las gasas grises y plateadas del traje, el rostro juvenil encuadrado por la cofia de encaje de plata, parece como si no pisara el suelo; gentil, elegante, alada, es el ritmo hecho carne; sus movimientos acompasados, armónicos, de distinción suprema, marchan al unísono con la orquesta, y hay momentos en que como dijo un gran escritor de una célebre artista: no danza, vuela. Hasta sus miradas y sus sonrisas parecen seguir las armonías de la orquesta». Después de esto—que lo dice todo—, ¿qué vamos a decir nosotros?

La marquesa de Mohernando, vestida cual la señorita de Falcó, cantó y bailó muy bien, como cantara y bailara todo el coro de ambos sexos. Tres veces tuvieron que repetir el número, como habían repetido el de las *gheisas*, y como se había repetido todo.



Puso término a la fiesta la canción de «La Primavera», de *Sanson y Dalila*, cantada por la marquesa de Mohernando y repetida por el coro. Es la de Mohernando una Dalila que con el poderío de su arte sugestivo convenció a todos. Rodeábala un grupo de filisteas, sacerdotisas o vestales ataviadas con blancas túnicas y coronadas con guirnaldas de flores.

¡Y qué filisteas!... Todas ellas compiten en gracia y en belleza, y el coro es un verdadero regalo para la vista. Como que son estas bailarinas Paloma Montellano, Carmen Viana, la duquesa de Algete,



Escena del *Quijote*.

(Fol. Campaña.)

Blanca Castilleja de Guzmán, la condesa de la Vega del Ren, Carmen Portago, María Rosa Cayo del Rey, Rosa Osma, María Victoria García Prieto y María Santo Mauro.

Al fondo aparece un ara, y ante ella, otras tres vestales—Isabel Dato, Fortunata Osma y María Teresa Muguero— pulsan las cuerdas de las arpas de oro.

Intérprete fielsísimo de la creación de Saint-Saëns fué esta marquesa de Mohernando que, como dicen los críticos musicales cuando ya no saben qué decir—cosa que les suele ocurrir a algunos—, *triunfó en toda la línea*. Porque obtuvo otro éxito personalísimo y entusiasta. ¡Qué voz, qué bien timbrada, qué bien emitida! A aquellas manifestaciones de simpatía, entre aquellos aplausos, estaban también unos muy modestos, pero muy de verdad: los míos.



Este era el programa, y el público, todo el público, entusiasmado ante aquella manifestación de arte, hizo que entre nutridas ovaciones se levantara varias veces el telón para festejar a los artistas, a Moreno Carbonero, a Guervós, que al frente de la orquesta mostró una vez más su acierto como director.

Para los intérpretes, los mayores elogios. ¡Cómo compusieron los cuadros! ¡Cómo vistieron los personajes! ¡Qué ambiente tan bello de misticismo dieron al tríptico religioso; qué gracia pusieron en la reproducción de los grupos de las porcelanas del Retiro; qué clasicismo tan austero y tan brillante a un mismo tiempo en las escenas del *Quijote*; qué movilidad tan uniforme y tan graciosa en el coro y baile de *La Geisha*; qué delicadeza tan picaresca la del vals y fantasía de *Los quáqueros*; qué arte tan bello el de la canción de la Primavera, de *Sansón y Dalila*, cantada por la marquesa de Mohernando!

¡Qué arte, qué conjunto, qué trajes! Sobre todo el que al cantar la Primavera, de *Sansón*, lució la marquesa de Mohernando. Apareció en escena entre el coro de las sacerdotisas envuelta en amplio manto de gasas verdes y azuladas, y cuando, separando éstas, dejó ver la gentil figura, brillaron nuevas gasas plateadas, consteladas

de piedras preciosas y fruncidas a la cintura por un cinturón de oro cincelado.

Tuvo—tuvieron todas, tuvieron todos—un grande y merecido éxito.



Dediquemos ahora unas notas a la concurrencia. ¿Recordaremos todos los nombres? No, no. Nosotros querríamos recordarlos, pero no los recordamos, no; no es posible. Los que acuden a nuestra memoria aquí están; leedlos:

La ilustre duquesa de Fernán-Núñez presenció, gozosa, el triunfo de sus nietos, acompañándola en su palco las duquesas de Ahumada y Pinohermoso.

Palco bien aprovechado era el que ocupaban la princesa Pío de Saboya, las duquesas de Montellano y Almodóvar del Valle, marquesa de Ivanrey, condesa de San Félix y la marquesa de la Mina, en los momentos en que su presencia no era requerida en el escenario.

En otros palcos estaban las marquesas de Valdeolmos, Scala y viuda de Casa-Torres; embajadora de Austria-Hungría, princesa de Fürstenberg, y las jóvenes princesas de Thurn et Taxis y de Rati-bor; duquesa de Medinaceli, marquesa de Camarasa y sus hijas solteras, y marquesas de Santa Cruz y Casa-Torres; marquesa viuda de Hoyos, Mme. Van Royen y marquesa de Argüeso.

Duquesa de Aliaga y señora de Beistegui, marquesas de Monteagudo y Moctezuma y señoritas de Santos Suárez y Girón, marquesa de Urquijo y señorita de Landecho, Mme. Geoffray y madame Brugère, marquesa de Manzanedo, duquesa de Lécera, condesa de Crecente y las hijas de éstas, marquesa de Santa Cristina, sus hijas, marquesa de Castrillo y condesa del Vado.

Duquesa de Santo Mauro, princesa de Metternich y condesa de Torre-Arias; duquesa de Parcent, marquesa de Viana y señoritas de Iturbe, Viana y Benamejís; mistress y miss Willard y condesa de Velayos, condesas de Maceda y Heredia-Spínola, marquesa de Guimarey y señorita de Bertrán de Lis, marquesas de Portago y Villanueva de Valdeza, condesa viuda de Torrejón y señoritas de Barrenechea.



Señorita Paloma Falcó, hija de los duques de Montellano, vistiendo el traje de *quáquera* en la función de *Cuadros vivos*.
(Fot. Kaulak.)

Duquesa de Baena, marquesa de Villamanrique y señora de Baiier; condesa de Romanones y duquesa de Pastrana, señores de Dato y sus hijas, condesas de Alcubierre y Valmaseda y marquesa de Espinardo, duquesa de T'Serclaes y sus hijas y condesa de San Juan, marquesa de Alhucemas y sus hijas, duquesa de la Victoria y condesa de Mora, ministro de la Gobernación, con su hija y señora de Alba; marquesa de Aguila Real y las dos condesas de Esteban.

Duquesa de Plasencia, condesas de Agrela y San Luis, y señorita de Agrela; marquesas de Jura Real y Villatoya, y las dos de Somosancho; duquesa de Tarancón, vizcondesa de la Alborada y su hija; condesas de Paredes de Nava y viuda de Vistaflorida, y señorita de Valle Umbroso.

También asistían la duquesa de la Unión de Cuba, marquesas viuda de Aranda (que sólo en solemnidades tales abandona su retiro), Marbais, Bermejillo y su hija, Mos, Puebla de Parga, Selva-Alegre, Salar, Villamediana, Acapulco, Baztán, Cayo del Rey, Santo Domingo, Almonacid, Moret, Olivares, la Torre y Valdeiglesias.

Condesas de Arcentales, Almodóvar, Corzana, Artaza, Caltavuturo, Clavijo y Villares; vizcondesas de Portocarrero y San Enrique.

Señoras y señoritas de Pidal, Canillejas, Sarthou, Campuzano, Juanes, Atalayuelas, Castellanos, Castromonte, Elduayen, Cuadra, Pozo Rubio, Escobar y Kirkpatrick, Villaviciosa de Asturias, Zulueta, Salamanca, Acapulco, Arcos, Bermúdez de Castro, Moreno y Ossorio, Gimeno, Lombillo, Lastra, viuda de Muguíro, Núñez de Prado, Orfila, Santana, Propper, Silva, Travesedo y tantas más.



En suma: un éxito, un éxito grande, por el que felicitamos a la Hospedería del Patrocinio de María y a la Asociación Matritense de Caridad, en cuyo beneficio era la fiesta; un éxito merecido, por el que felicitamos, no sólo a Moreno Carbonero y a Guervós y a todos los intérpretes, sino también a la Junta del Patronato, que tanto cuida y se desvela por la mejor marcha de la Hospedería; a esa Junta que la marquesa de la Mina preside y de la que forman

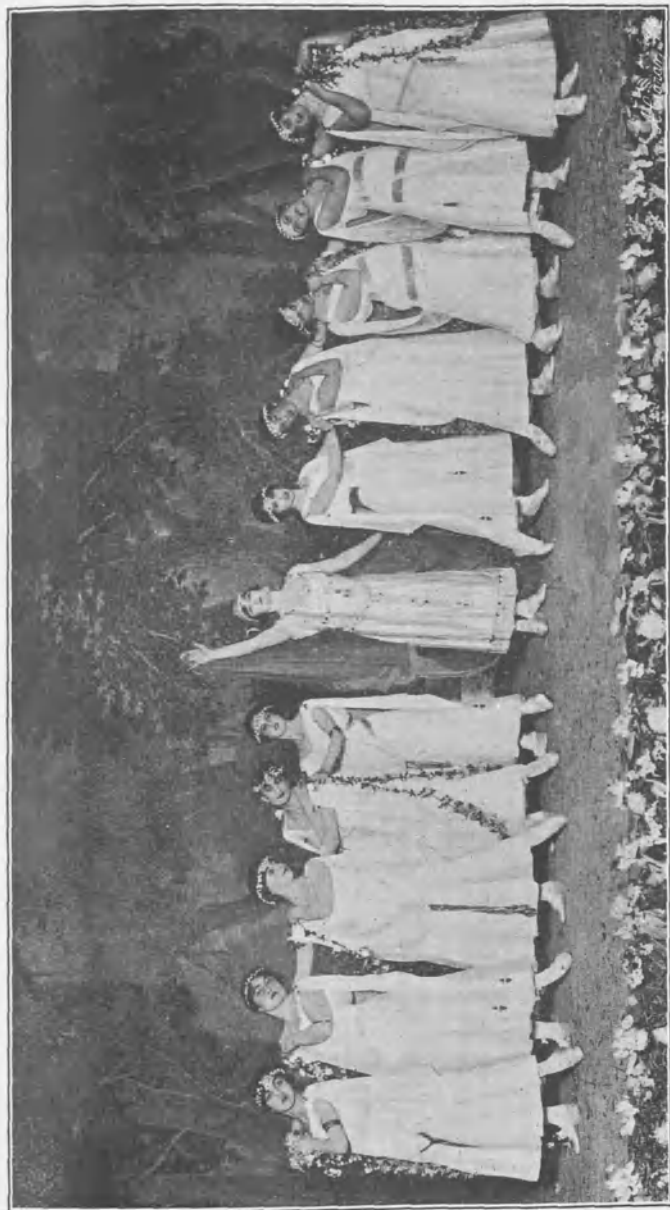
parte la duquesa de Montellano, las marquesas de Aguila Real, Torrelaguna y Nájera; las condesas viudas de Arcentales y de Xiquena, y las señoritas María Luisa y María Rosa del Arco, Inés Arteaga y María Echarri.



Después de la función todos los *artistas* se trasladaron al palacio de la duquesa de Fernán-Núñez. Allí la marquesa de la Mina quería darles las gracias. Y en aquella encantadora *serre* se sirvió una espléndida cena... seguida de baile.

A las cinco y media de la mañana, bañadas ya las calles madrileñas por los dorados rayos del sol, comenzó la desbandada en el palacio de Cervellón.

Y... hasta la tarde—se decían unos a otros—. Porque la fiesta tuvo aquella tarde una repetición.



Sansón y Dalila, canción de la Primavera.

(Fot. Alba.)

Un baile, un banquete, una boda y un retrato.



EMPEZAMOS...

—Por el baile celebrado en el palacio de los marqueses de Viana en honor de SS. MM.

—Fiesta grande.

—Lo fué por los salones en que se celebraba y por la calidad de los concurrentes, mas no por el número de invitados; fué, en este sentido, una fiesta de las llamadas *en pequeño*.

—Motivada...

—Acaso para conmemorar que anteayer precisamente se cumplían diez años que S. M. el Rey nombró al marqués de Viana su caballero mayor.

—Y la Real familia...

—Menos S. M. la Reina Doña María Cristina, que no asiste a bailes, acudieron al antiguo palacio del autor del *Don Alvaro* todas las personas reales.

—La primera en llegar...

—La infanta Isabel, que vestía traje negro rameado de plata, y brillantes por joyas; después, los infantes don Carlos y doña Luisa, que lucía rica *toilette* de encaje negro sobre fondo de seda blanca; luego, los infantes don Alfonso y doña Beatriz, con *toilette* blanca y oro; más tarde, el infante don Fernando y la duquesa de Tala-

vera, vestida de blanco bordado en cristal; los principes don Felipe y don Raniero.

—Y por último...

—Mientras en la alta tribuna del salón de baile ejecutaba la orquesta de Boldi la Marcha Real, llegaron los Reyes, que fueron recibidos en el zaguán por los marqueses de Viana, y subieron la escalera, según tradicional costumbre, precedidos de criados, que llevaban en sus manos candelabros de plata con velas encendidas.

—La Reina...

—Su belleza espléndida, su figura gentil, eran realzadas anoche por las gasas rosadas de su traje, gasas de un rosa tan suave, tan pálido, que a veces parecían perder su color, mostrándonos matices nacarados. Un primor. Encajes de plata guarnecían el borde de la falda; por joyas... unas perlas de finísimo oriente.

—Y el baile...

—Comenzó seguidamente, poco después de las once de la noche—hora anunciada—, y ha sido una de las fiestas más elegantes que se han celebrado. ¡Qué conjunto el de tanta belleza reunida!

—Si el duque de Rivas hubiera *levantado su cabeza*...

—A fe que habría compuesto una de sus más hermosas poesías ante aquel cuadro esplendoroso. María Santo Mauro, Piedita Iturbe, Pomposa Villavieja, Blanquita Benamejís, Blanca Castilleja de Guzmán, la marquesita de Almonacid, Paloma Montellano, las señoritas de Landa, Santos Suárez, San Miguel y Martínez Campos, Silva y Mitjans, Alcázar, Post, Bermejillo Movellán, Maroto, Willard, Villavicencio, Mérito, Agrela, la marquesita de Espinardo, Portago, Castrillo, T'Serclaes, Elduayen, Caltavuturo, duquesita de Algete...

—¡Cómo no inspirarse ante este conjunto de bellezas!

—Presidido por la hija de los marqueses de Viana, la linda Carmencita Saavedra, desde ahora marquesa de Villaviciosa.

—Más detalles...

—Que se bailó mucho hasta las tres y media de la madrugada y que la juventud y los que ya pasaron de la florida edad, disfrutaron de una noche feliz.

—Al final...

—Se sirvió una espléndida cena. Y con los primeros albos del



Señorita Isabel de Carvajal y Quesada, hija de la condesa viuda de
Aguilar de Inestrillas.

día fueron descendiendo por la señorial escalera cuantos habían acudido a la brillante fiesta: las princesas de Metternich, las duquesas de Medinaceli, Victoria, Plasencia, Unión de Cuba, Almodóvar del Valle, San Carlos; los marqueses de Santa Cruz, Ivanrey, Valdeolmos, La Torre, Atarfe, Argüeso, Villasinda, Mos, Mohernando; condesas de San Luis, Cartayna, Rincón; vizcondesa de Portocarrero, señoras de Ibarra, Cuadra, Amézaña, Lombillo, y las madres de todas las que formaban el grupo juvenil ya citado.

—Después de esta fiesta...

—Consignaremos el nuevo banquete celebrado anteanoche en la Legación de los Países Bajos.

—Nuevo obsequio de M. y Mme. Van Royen.

—Y tan elegante como los anteriores, porque el ilustre ministro y su esposa son personas de depurado gusto.

—Han viajado mucho...

—Mucho; y de cuantas partes han visitado conservan recuerdos que demuestran la cultura del país donde estuvieron; todos ellos adornan el elegante hotel de la calle de Lista, convirtiéndolo en primorosa exposición.

—La colección de porcelanas...

—Es magnífica; es una colección de porcelanas japonesas de indudable mérito artístico.

—Y al banquete...

—Acudieron, amablemente invitados por el simpático matrimonio, el embajador de Rusia, príncipe Koudacheff; ministro de Estado y señora de Gimeno, ministro de Gracia y Justicia y señora de Barroso, la duquesa de Amalfi, esposa de nuestro ministro en Suecia, llegada recientemente de Estocolmo para pasar una temporada en Madrid; el ministro de Bélgica, barón Grenier; comandante Grant, agregado militar a la Embajada de Inglaterra, y señora; agregado naval a la Embajada de Italia y señora de Camperio, y marquesa y marqués de Valdeiglesias.

—El *menú*...

—Exquisito y espléndidamente servido.

—Y después de la comida...

—Acudieron algunas otras personas, como el consejero de la Embajada de Francia y Mme. Vieugué, el secretario de la misma y

Mme. Wiemme, la señora de Núñez de Prado, los señores de Berry Wall, los señores de Ossorio (don Fernando) y algunos diplomáticos más, organizándose animadas partidas de *bridge*.

—La boda de hoy...

—Ha sido una boda aristocrática, celebrada en familia a causa del luto de la novia por la reciente muerte de su padre...

—La novia...

—Isabel de Carvajal y Quesada, hija de la condesa viuda de Aguilar de Inestrillas, una ilustre señorita muy querida de toda la sociedad madrileña.

—El novio...

—Joaquín Santos Suárez, un distinguido *sportman*, hijo de los difuntos marqueses de Monteagudo.

—Dos familias ilustres.

—Y muy estimadas en Madrid. Hace aún muy poco tiempo falleció aquel ilustre y caballeroso general Carvajal, conde de Aguilar de Inestrillas; así, pues, como la herida del dolor sigue aún abierta, la ceremonia no ha tenido la nota alegre de toda fiesta.

—Sólo ha habido la alegría del amor.

—Que no es poca. Se ha celebrado en la elegante casa de la condesa viuda de Catres, hermana del novio. Su hermano también, el marqués de Monteagudo, ha sido el padrino...

—La madrina.

—La duquesa de Fernán-Núñez, a cuya Casa pertenece la novia bellísima, que realizaba su distinción con las galas nupciales.

—Y los testigos...

—Como testigos actuaron, por parte de la novia, el duque de Alba y los marqueses de Miravalles, Navamorcuende y Valdefuentes, y por el novio, el duque de Peñaranda, don José Santos Suárez, don Juan Bruguera y don Enrique Sancho.

—Los regalos recibidos por los novios...

—Forman colección; no en balde sus amigos y sus afectos son muy numerosos y muy sinceros. Suman unos 300, figurando en primer término, un soberbio broche de rubíes y brillantes, de S. M. el Rey; un alfiler de brillantes y perlas, de la Reina Doña Victoria, y un pensamiento de brillantes, de la Reina Doña Cristina.

—Espléndidos obsequios.





La marquesa de Amboage.
(Cuadro de Anselmo Miguel Nieto.)

—La novia vestía precioso traje de tisú de plata, con volantes de tul blanco; manto del mismo tejido que el traje, bordado con perlas, y velo de encaje magnífico, antiguo, de aplicación de Inglaterra. Por joyas llevaba únicamente dos pendientes de gruesas perlas, regalo del novio, y la cola del traje era llevada por los preciosos niños Matildita Monteagudo y Alfonsito Miravalles.

—Y los novios...

—Los novios salieron esta misma tarde para El Escorial, Burgos, Vitoria, San Sebastián y Biarritz; por cierto que en el momento de celebrarse la ceremonia, S. A. la infanta doña Isabel envió a la novia una gran cesta de rosas blancas.

—Esta infanta nuestra siempre ha de tener un rasgo de cariño.

—Y para final...

—Un elogio para un artista, para Anselmo Miguel Nieto, que ha hecho a la marquesa de Amboage un lindo retrato.

—Con modelos así es fácil el éxito.


—O acaso más difícil. Trasladar al lienzo los rasgos de una belleza como la de la marquesa de Amboage, no es labor fácil; es preciso un arte como el de Anselmo Miguel, sincero y espléndido.

—Y ese retrato...

—Hermoseará uno de los salones del nuevo palacio de los distinguidos aristócratas.

Y no hablamos más, porque me mostraron el retrato como yo lo muestro en estas páginas. Y el retrato sólo dice más que todo.

Fiesta simpática en el Ritz. La Aristocracia y el Arte.

L anunciado baile aristocrático se celebró anoche en el Ritz. Fué una fiesta brillante, espléndida, magnífica, en la que la Aristocracia y el Arte se reunieron para el resultado más feliz. No fué la fiesta por la fiesta misma, como tantas otras que se celebran. Fué por un noble ideal de restaurar con sus productos una joya histórica que amenaza ruinas. Y no queriendo ni los artistas ni la aristocracia esperar la ayuda del Estado, sujeta a los consabidos trámites, ellos mismos se unieron para atender a la restauración de ese templo muzárabe de San Sebastián, en Toledo, de esa joya que data del año 601 de nuestra historia.

Así, pues, cuantos asistieron al baile de anoche, embellecido por la presencia de tanta dama; abrigado con la de los infantes de España doña Isabel, doña Luisa y don Carlos, doña Beatriz y don Alfonso; del príncipe don Felipe y su esposa, la princesa de Orleans, y del príncipe Raniero de Borbón, aplaudían sin reservas a los artistas toledanos, a todos los artistas españoles que ayudaron con el envío de sus obras a la magnificencia de la rifa que a fines del presente se ha de celebrar en la imperial ciudad; a todas las damas ilustres que, enamoradas del Arte y considerándose ligadas a la toledana ciudad por afectos amorosos de cuna, o por intereses materiales que en la castellana provincia tienen su raíz, o por antiguo linaje de descendencia, pusieron su entusiasmo al servicio

de la fiesta de anoche, una de las más animadas y alegres y también de más nobles fines de las celebradas este año.

La fiesta del Arte. Así la denominaba un ilustre pintor, laureado muchas veces, que junto a mí veía a aquellas juveniles parejas bailar a los modernos acordes del *fox-trop* entre las blancas tonalidades del salón de baile. Y tenía razón. La fiesta del Arte era y así se la debía llamar. La fiesta del Arte, puesto que para bien del Arte se inició; la fiesta del Arte, puesto que a restaurar un templo que es joya y que es gloria se destinaban sus productos. Y aunque las juveniles beldades y los apuestos galanes, que no dieron reposo a sus cuerpos desde las once de la noche hasta las tres de la madrugada, no se acordasen mucho de los muros artísticos del San Sebastián toledano, embebidos con los rítmicos acordes de *one-step*, yo tengo por seguro que si hasta los montes de Toledo hubiese sido posible llevar el eco de la brillante fiesta y los muros del templo fuesen capaces de sentir, los mismos muros se hubiesen sentido animados de un deseo de gratitud hacia todos los que de un modo más o menos directo prestaban su apoyo, su ayuda, su auxilio, a obra tan patriótica y tan alta como la que anoche se perseguía con la realización de la fiesta.

No fué entonces—bien claro se ve—el de anoche un baile más, sino un baile que tuvo los encantos de la vista y del fin: que no en balde estaba organizado y dirigido por damas que a la nobleza de su cuna unían la de su corazón y de sus sentimientos.



Satisfechas pueden sentirse las señoras de la Junta organizadora. El éxito coronó sus trabajos. Aquel *hall* y aquellos salones del Ritz fueron centro animado y brillante donde se reunió buena parte de la sociedad madrileña al conjuro de las damas iniciadoras de la fiesta. Así, ¿cómo no había de encontrarse complacida la bellísima marquesa de Argüeso, en cuyas manos los pinceles tienen algo de magia y mucho de brillantes? ¿Cómo no encontrarse complacida esta gentil marquesa, presidenta de la Comisión, sobre cuya rubia cabellera fulguraban las piedras preciosas de su diadema? ¿Cómo no hallarse complacidas y contentas, ante éxito tan lisonjero,

la condesa de Casal, las duquesas de Alburquerque, de Arión, de Algete, de Santoña, de Medina de Rioseco; las marquesas de la Guardia y de Jura-Real, y las condesas de Cedillo, de Finat y de Clavijo— que formaban la Junta—, ante aquellas felicitaciones que escuchaban, primero, de todas las personas reales, y después, de cuantos acudieron a la fiesta? Desinteresadas en todo momento, no pensaron en recompensa alguna; pero si en algún instante hubiesen soñado con ella, ¿qué mayor recompensa que aquellos elogios que les dedicó todo el mundo?

Y junto a ellas, junto a los nombres de ellas, sonaban otros ilustres: sonaban el del Círculo de Bellas Artes, que, atento a sus fines—no en balde ocupa su presidencia el ilustre Francos Rodríguez—, ha subvencionado con esplendidez las obras de restauración; y sonaban los de Moreno Carbonero, Garnelo, Madrazo, Ceciljo Plá, López de Ayala, Simonet, Cutanda, Coullaut Valera, Inurria, Fillol, Beruete, Marín-Ramos, Matías Marence, Vera y algunos más que no recordamos, como los de espléndidos donantes de obras que serán rifadas dentro de breves días. Para optar a ellas cada billete llevaba tres números.

La Aristocracia y el Arte. Ahí los tenéis en hermoso consorcio que no debía deshacerse jamás. Aristocracia y Arte. Muy bien. Admirable. Yo aún añadiría las Letras. Y sería esto una hermosísima trinidad para toda fiesta, y las fiestas tendrían doble finalidad, que hoy no suelen tener sino en contadas ocasiones. ¿Es que no es hermosa la finalidad de la fiesta de anoche? ¿Es que no merece toda la simpatía, y el apoyo, y el aplauso, y la felicitación de todas las personas cultas? ¿O es más bonito y más gentil bailar por bailar y divertirse por divertirse y lucir?

No. Es más bello todavía bailar, divertirse y lucir por una finalidad hidalga. Es más bello, y se baila y se divierte y se luce lo mismo.

Así, pues, yo, que, como buen español, soy a veces un poco poeta y un poco músico y un poco romántico, me permito a ratos soñar y creo que, si no todas, muchas de las fiestas que se celebran sin otro fin que el de la diversión se debían celebrar con algún otro objeto práctico, como lo tuvo esta brillante fiesta de anoche, cuyos ecos me perduran todavía al escribir estas cuartillas. ¿Por qué al

menos una vez al año no se celebra una fiesta con análogo fin que la de anoche? La fiesta del Arte que pudiéramos decir, ¿Por qué existiendo personalidades dispuestas a ello no toman en consideración estas humildes palabras del cronista? Sería ésta una hermosa labor. Sería un hermoso lema para todos: «Cada año la Aristocracia y el Arte y las Letras también se unen para restaurar un monumento de los muchos gloriosos que hay en España». Hoy ha sido el de San Sebastián, de Toledo: mañana sería...



Antes del baile, que comenzó a las once y cuarto de la noche, aquel comedor del Ritz estuvo brillantísimo. Las mesas estaban ocupadas por aristocráticos comensales.

En la de la marquesa del Mérito se sentaron SS. AA. RR, don Alfonso de Borbón y doña Beatriz y don Raniero, condesa del Rincón, marqués y marquesa de Argüeso, marqués de Villavieja, Jack Mitjans y la señorita Mimi Mérito.

El ministro de la Argentina, doctor Marco M. Avellaneda, dió la comida en honor del presidente del Consejo de ministros y condesa de Romanones, presidiendo también la marquesa viuda de Hoyos. Los demás invitados eran la señora de Arcos, don Eduardo Laiglesia y señora, el introductor de embajadores, señor Heredia; el ministro de Estado, doctor Gimeno, y señora; marqués de Amposta, el secretario de la Legación del Brasil y señora de Fonseca, señora de Núñez de Prado e hija, don Hilarión Moreno, señor Chiappe, el agregado militar de la Argentina, coronel Gutiérrez, y señora, y el gran Mariano Benlliure.

En otra mesa, la princesa Dolgorouki, el embajador de Inglaterra, sir Arthur Hardinge; el consejero de la Embajada de Francia y Mme. Vieugué, el marqués de Portago, su hija Carmen y don Alvaro Alcalá Galiano.

Con el marqués y la marquesa de Mos se sentaron el marqués de Villa-Urrutia, la señorita Emilia Castrillo, el conde de Romilla, el marqués de Elduayen y el doctor Amézaga e hija.

En la mesa del barón y la baronesa de Güell tomaron asiento el

marqués y marquesa de Villanueva y Geltrú, señor Lotfallah Bey y don Juan Ventosa y señora.

Los *polistas* estuvieron bien representados en otra mesa, presidida por el conde de la Cimera y el marqués de Viana, siendo los demás el duque de Tetuán, conde de la Maza, conde del Rincón, marqués de Pons, conde de la Mejorada, marqués de Villabrágima y algunos oficiales del Ejército.

En otras mesas tomaron asiento don Eusebio Güell, el secretario de la Embajada de Rusia, barón de Meyendorff; don Santiago Pidal, don Joaquín Salvatella, don Alvaro Rocatallada, y los señores de Gómez Aramburu, don Otto Jencquel, don José Alonso Martínez, don René Halphen, el marqués de los Arcos, el marqués de Narros, el duque de Frías y don Antonio Arteché.

Las mesas se adornaban con espléndidos ramos de rosas.



Después fueron llegando los invitados al baile, siendo de los primeros en llegar la infanta doña Isabel, doña Luisa y don Carlos y don Felipe y su augusta esposa.

Y luego de permanecer unos momentos en el *hall* pasaron al salón de baile todos los concurrentes—unos 700—, comenzando la fiesta.

Bailaron todas las personas reales, menos doña Isabel y don Carlos, y bailaron seguidamente hasta las dos de la madrugada.

Entre las personas que acudieron al baile figuraban, además de las citadas como comensales, el presidente del Senado y la marquesa de Alhucemas y su hija María Victoria García Prieto, el ministro de Hacienda y la bellísima señora de Alba, con su encantadora hija: la condesa y el conde de Torre-Arias, la duquesa de Santo Mauro, duque y duquesa de Arión, duquesa y duque de Parcent y señorita de Iturbe, condesa de la Corzana y duquesita de Algete, marqués y marquesa de Mohernando, duquesa de Medina de Ríoseco, duque y duquesa de Tarancón, conde y condesa de Maceda y vizcondesa de Fefiñanes, marqués y marquesa de Aranda y señorita de Santa Marina, marquesa de Caicedo, duque y duquesa de la Victoria, duque y duquesa de Aliaga, condesa de los Villares,

el ministro de los Países Bajos y Mme. Van Royen, el consejero de Francia y Mme. Vieugué, conde y condesa de Casal, marquesa de Moret y su bella hija, condesa de Alcubierre y marquesita de Espinardo, señorita de Velilla de Ebro, señoritas de Pidal, marqués y marquesa de Ivanrey, señores de Icaza y su hija Carmencita, señorita de Ibargiñen, señores de Cejuela, Urrutia, Martín Aguilera, condesas de Polentino y Oliva de Gaitán, señorita de Allendesalazar, señora de Bermúdez de Castro y señorita de Quiroga y Navia Osorio, señora de Moreno y Ossorio, señoritas de Cárcer, duquesa de Noblejas, señora de Chavarri.

Duque y duquesa de Medinaceli, duquesa de Baena y marquesita de Villamanrique; marquesas de Atarfe, Mos, Monteagudo, Santo Domingo, Rocamora, Pozo Rubio; marqués y marquesa de Santa Cristina y señoritas de Travesedo; marqués y marquesa de Valdeiglesias, de La Torre, de Marzales; condesas de Villamonte, de Caudilla y Cartayna; conde y condesa de Baynoa.


Vizcondesa de la Alborada. Señoras y señoritas de Ibarra, Fernández de Villavicencio, Cortés, R. Codes, Vadillo, Sánchez Tirado, Campuzano, Reynoso, Rizo, Portago, Santo Domingo, Alborada, Roca de Togores, Fernández Villaverde, López de Carrizosa, Bernardo de Quirós, Bertrán de Lis, Santos Suárez y muchísimas más.

La duquesa de la Unión de Cuba, el marqués de Nájera, el conde de Cuevas de Vera, Propper, Cejuela, el marqués de Laurencín, el de San Dionis, Velasco, Tovia, Garnelo, Martínez Abades...

El jardín ofrecía fantástico aspecto, artísticamente iluminado con multitud de bombillas de colores. Durante toda la noche tocó en él una orquesta de bandurrias y guitarras.

Toda la noche fué servido en el comedor abundante *buffet*.

Baile "blanco". Una boda. Sarthou, senador vitalicio.

 EN el palacio de los duques de Montellano se celebró anoche un *baile blanco*, una encantadora fiesta de juventud, en honor de esa linda Paloma Falcó, que ayer cumplía años. ¿Cuántos? No sé, no nos interesa; muy pocos, porque Palomita es una niña; pero el número no nos interesa, como no nos importa contar los pétalos de una flor. Es flor, y basta.

Pero aquel palacio de ensueño, que siempre es bellissimo, parecía anoche un rinconcito del cielo descendido a la tierra en estos momentos en que sus habitantes se matan o rugen o discuten.

¡Ay, lector! ¡Qué dulzura y qué tranquilidad y qué paz en aquel jardín del palacio ducal, viendo brillar en lo alto las estrellas, en las ramas de los árboles las luces eléctricas, los geranios y las rosas poniendo sus notas rojas sobre la *pelouse* de esmeralda, aquí y allá danzar a los rítmicos acordes de Boldí tanta mujercita encantadora que exhala aromas de juventud y de belleza!

—Palomita— le decían a la de Montellano—, que cumplas muchos y que te remontes tan alta como te permitan tus alas de Paloma y de ángel.

—Entonces va a remontarse muy alto.

Sonaba la música y danzaban ágiles, vaporosas, juveniles, las parejas. Pero ¿pisan el suelo? ¡Si parece que vuelan!

¿Y quiénes eran ellas? Leed sus nombres: eran las señoritas de

Santo Mauro, Iturbe, Landa, Escandón, Castrillo, Camarasa, García Prieto, Amézaga, Agrela, Baztán, Bermejillo, duquesita de Algete, vizcondesa de Fefiñanes, marquesita de Villamanrique, Esteban, marquesita de Espinardo, Casa-Torre, Cayo del Rey, Castilleja, Post, Caltayuturo, Cárcer, Benamejís, Dato, Guillamas, Martínez de Irujo, Icaza, Silva, Mérito, Muguero, Monteagudo, Osma, Villaverde, Rocamora, Santa Cristina, Santo Domingo, Castellanos, vizcondesa de Portocarrero, Scláfani, Villaviciosa, Antrines y Villar.

¡Qué conjunto!

Figuraos, además, a las madres de todas estas señoritas luciendo espléndidas *toilettes*, y calcularéis el efecto completo de la fiesta.

Faltaba este *cierre* de la *season*, y ya se ha celebrado. Un bailecito *blanco* en el palacio ducal de Montellano es siempre la fiesta con que termina la vida aristocrática madrileña.

Y para que nada faltase—¿cómo faltar algo en aquella residencia?—, los duques de Montellano, con la linda Paloma y el marqués de Pons—sus hijos—, hicieron muy amablemente los honores, secundados por la duquesa de Fernán-Núñez, el duque de Alba y los marqueses de la Mina y Villavieja.



En la parroquia de San Jerónimo el Real, adornada con profusión de plantas e iluminada con multitud de luces, ante su altar mayor, que casi desaparecía entre los macizos de azahar, a los acordes armoniosos de aquel órgano de las místicas notas o las regias sonoridades y ante una numerosa concurrencia, que llenaba el templo con un solo deseo: el de que los novios fueran muy felices, se celebró ayer tarde, bendecido por el religioso dominico padre Lorenzo Samper, notable orador sagrado llegado de Valencia sólo con este objeto, el matrimonio de la bellísima señorita María Josefa Abellán y Calvet, hija de los marqueses de Almanzora, con el teniente de Húsares de Pavia don Fernando Fernández Campano.

La novia, que es una linda señorita, estaba ayer más bella que siempre. Aquel vestido blanco, aquel manto de encaje, aquellas florecitas de azahar, que parecían nacer de entre los rizos de su



Boda de la señorita Pepita Abellán y Calvet, hija de los marqueses de Almanzora, con el señor Fernández Campano.

(Fot. Marin y Ortiz.)

pelo, adornaban más su figura gentil. El novio vestía su uniforme de gala. Y cuando, después de la ceremonia, los vimos cruzar sobre la roja alfombra para dirigirse a la capilla donde había de firmarse el acta matrimonial, todos los reunidos les ofrendaron sus deseos y sus flores.

—Que seáis muy dichosos.

—Por buena—le decían a ella—te lo mereces todo.

Fueron padrinos la marquesa de Almanzora, madre de la novia, y don Enrique F. Campano, notable escritor y autor aplaudido, padre del novio, y testigos, por parte de ella, su hermano don Antonio, teniente de la Escolta Real; su hermano don Enrique, teniente del regimiento de Asturias; su tío, el ilustre general Casanova; don Eduardo García Puelles y don Francisco Huertas, hijo del ilustre doctor de este apellido, y por la de él, el general Cavalcanti, el coronel del regimiento de Húsares de Pavía, don César Carrasco; su tío, el consejero de Sanidad señor Pérez García; el ilustre doctor don Manuel de Tolosa Latour y el marqués de Cabiñana.

Entre las damas que figuraban en la concurrencia recordamos, además de la lindísima hermana de la novia, señorita de Abellán y Calvet, que lleva en su cara tanta alegría como si a ella se asomara un puñado de claveles españoles, y de la madre del novio, señora de Fernández-Campano, la generala Casanova, la linda condesa de Franco, que no hace muchos días recibió también la bendición nupcial; la señora de Sarthou y su hija la marquesa de Selva-Alegre, que recibían muchas enhorabuenas por haber sido nombrado el ilustre coronel de Caballería senador vitalicio; la marquesa de Peñafiel y su hija la señorita de Roca de Togores, las señoras de Propper y Monjardín, la de Silvela (don Mateo) con sus hijas y su bellísima sobrina Faustina Silvela y Tordesillas, la duquesa viuda de San Fernando de Quiroga, la señora de Canthal y su hija la marquesa de Ahumada, la condesa del Venadito, la de Giraldelli, la gentil duquesita de Rivas, cuyo título nos evoca recuerdos gloriosos de nuestra poesía y nuestra escena; la señora de Despujol y su hija Quina, la de Oruña, la de Tolosa Latour, las señoras y señoritas de Abellán, hermana de la novia; Reynoso, Ramonet.

El ministro plenipotenciario señor Ory, acompañado de su hija

Lolón; el senador vitalicio señor Sarthou, el conde del Venadito, el marqués del Castillo de Jara, el conde de Franco, el de Giralde-lli, el de Michelena, el señor Eizmendi.... todos amablemente atendidos por el marqués y la marquesa de Almanzora y por los señores de F. Campano.

Los nuevos esposos salieron anoche para San Sebastián, trasladándose después a Pamplona, Zaragoza, Valencia y Barcelona.



Ha sido nombrado senador vitalicio el excelentísimo señor don Rafael Sarthou. Ante todo y sobre todo, hemos de decir con mucho júbilo:

—Mi coronel: Ahí va mi enhorabuena y un abrazo.

Anteayer firmó S. M. el nombramiento, ayer se publicó en la *Gaceta* y hoy se publican en el *Heraldo* estas líneas. Muy bien.

Es don Rafael Sarthou uno de los hombres que más frecuentan— y han frecuentado— los salones madrileños desde los albores de su vida, y ya dice mucho en favor de este hijo ilustre de aquella dama, toda bondad y toda belleza, que fué marquesa de Guad-el-Jelú, el contar las simpatías por cientos y por miles los afectos.

Nació en Sevilla en Diciembre del 55. Cursó la carrera militar, y después de varios ascensos por méritos de guerra ha alcanzado el grado de coronel, y esperamos que el fajín de general. Fué ayudante del duque de la Torre, se batió en Somorrostro e hizo toda la campaña carlista, y con una serenidad pasmosa, cuando las balas silbaban en sus oídos y alguien le prevenía del peligro, contestaba:

—¡Bah! Eso no va a ninguna parte, Y, sobre todo, es mi deber.

Con las armas alternó la política. Desde muy joven figuró en ella al lado de Sagasta, y en plena mocedad desempeñó con singular acierto varios Gobiernos de provincia: Canarias, San Sebastián, Badajoz, Bilbao, Pontevedra, La Coruña, Valencia, Cádiz... Ha gobernado, pues, media España. Y fué también secretario general del Gobierno de Madrid cuando el célebre motín de los subalternos, a cuya solución contribuyó poderosamente. Era gobernador entonces el duque de Tamames.

Como militar, perteneció a la Comisión del Código militar; últi-



El coronel de Caballería don Rafael Sarthou, nuevo senador vitalicio.
(Fot. Kaulak.)

mamente mandó el regimiento de caballería de Villarrobledo; como político, además de lo citado, ha representado en Cortes siete veces a Valencia, ya en el Congreso, ya en el Senado. Es hijo adoptivo de la ciudad del Turia y de Puerto Serrano (Cádiz) y presidente honorario de la Sociedad Hospitalaria de Toulouse.

Entre las condecoraciones militares que posee, figura la placa de San Hermenegildo. Es benemérito de la patria y caballero gran cruz de Isabel la Católica.

¡Cuánto se le quiere y cuánta satisfacción ha producido su nombramiento! Ayer llegaron a su casa no sé cuántos telegramas de felicitación, especialmente de las provincias que mandó, de aquellas provincias en las que dejaba un recuerdo de energía y de bondad.

Porque hay que decir, en estricta justicia, que don Rafael Sarrthou es uno de los hombres más buenos que hemos conocido.

A él, a su esposa, doña Beatriz Esteban y Fernández del Pozo, hija de los marqueses de Torrelaguna, dama en cuyo corazón sólo hay generosos latidos de virtud y de bondad, y a su hija política, la marquesita de Selva-Alegre, les enviamos nuestra cariñosa enhorabuena.

JULIO - 1916



Srta. Carmen Auñón, hija del almirante marqués de Pilares.
(Fot. Padró.)

La boda de la hija del marqués de Pilares.

EN el artístico templo de San Jerónimo el Real, adornado con las simbólicas flores de azahar, que cubrían casi por completo el altar mayor, y con hermosísimas palmeras, que se alzaban gallardas sobre las gradas del presbiterio, se celebró ayer tarde el enlace de la bellísima señorita Carmen Auñón, hija del almirante y ex ministro marqués de Pilares, con don Francisco de Asís Carlos Roca, perteneciente a distinguida familia de Cartagena.

La novia engalanaba su gentil figurita con su blanco vestido de desposada, coronando su cabeza con guirnalda de albas florecillas.

—Carmencita, a ser muy feliz—le decían sus amigos.

—Así lo querrá Dios, seguramente—respondía ella, un poco encendida su cara por la emoción de la ceremonia.

—Y así lo queremos sus amigos—volvían a responderle.

El obispo de Sión bendijo el enlace; pero antes su palabra elocuente, persuasiva, entonada, pronunció una plática sentidísima sobre el santo Sacramento del Matrimonio. Y fueron apadrinados los nuevos esposos por el padre de la novia, el ilustre almirante de la Armada, ilustre ex ministro de Marina y hoy primer vicepresidente de la Alta Cámara, marqués de Pilares, sobre cuyo uniforme de marino dejaba destacar la banda azul y blanca de Carlos III, y por doña Gertrudis Carlos Roca, hermana del novio, representada por doña María Auñón de Rodríguez-Pedrol, hermana de la contra-

yente, que vestía elegante *toilette* de seda negra y se adornaba con hermoso collar de perlas; firmando el acta como testigos, por parte de ella, el alcalde de Madrid, duque de Almodóvar del Valle; el marqués de Salobral, los condes del Venadito y de Daoíz y el capitán de Infantería de Marina don Antonio Auñón, hermano de la novia, y por la de él, don Agustín Carlos Roca, don Angel Gómez Cánovas, don Ventura de la Vega y don Antonio Rodríguez-Pedrol, hermano político de la novia.

Entre los invitados figuraban muchas personas de la sociedad de Madrid.

Durante la ceremonia el hermoso órgano de los Jerónimos interpretó un escogido concierto; pero al final, cuando las puertas del templo fueron abiertas nuevamente para que saliese la nupcial comitiva, en el órgano resonaron unos acordes que hicieron detener a todos unos momentos para escucharlos mejor: eran los del *Canto para los marineros en Savona*, compuesto por Manrique de Lara, con letra del propio marqués de Pilares.

Y mientras, iluminados por los rayos del Sol, los novios y los invitados iban tomando los carruajes a la puerta del templo, nosotros, escuchando todavía los acordes del órgano, recordábamos los versos de la plegaria de los pescadores por sus hijos a la Virgen de la Misericordia, de Savona, y recitábamos quedamente:

A tu amparo mis pobres pequeñuelos,
ángeles de mi hogar, orando dejo;
para buscar su pan, de ellos me alejo
con mil trabajos y con mil anhelos.

.....
Y si llevando hasta mi hogar el duelo
dispone Dios que muera en la pelea,
su santa voluntad cumplida sea;
pero lleva mis ángeles al cielo.

En casa del marqués de Pilares se sirvió luego espléndido *buffet*.

Los nuevos esposos salieron para Cartagena anoche mismo. Sean muy felices.





Srta. Jacoba Gómez de la Lama.

Una boda. La señorita de Gómez de la Lama y el señor Mariátegui.

CEN la capilla del Santísimo Cristo de la Salud, y bendecido por el padre Podadera, se celebró ayer tarde el enlace de la bella señorita Jacoba Gómez de la Lama y Alvarez Capra con don Humberto Mariátegui y Pérez de Barradas, distinguido oficial del Ejército, hijo de la duquesa de Monteleón, condesa viuda de San Bernardo.

La belleza de la novia era realzada con su traje blanco guarnecido de encajes antiguos; bajo el velo nupcial ostentaba sencilla diadema de flores de azahar; de perlas eran los pendientes y el collar. El novio vestía el uniforme de gala del regimiento de Húsares a que pertenece.

Sobre reclinatorios forrados de tisú de plata se arrodillaron los novios y sus padrinos. Eran éstos la marquesa de La Guardia, en representación de su madre política la duquesa de Monteleón, y don Manuel Gómez de la Lama, tío de la novia, y a ambos lados se colocaron los testigos, que eran: por parte de ella, el coronel del regimiento de Húsares de Pavía, don César Carrasco; el conde de Canga-Argüelles, don Roque y don S. Gómez de la Lama y don Agustín Meneses, y por la del novio, sus hermanos el marqués de La Guardia y el duque de Almazán, su hermano político el duque de Arión y sus tíos el duque de Santa Lucía y el marqués de Peñafior.

La cola del traje de desposada era llevada por dos preciosas criaturas: José María y Ana Canga-Argüelles, hijos de los condes de este título.

Terminado el acto, los asistentes al mismo se trasladaron al Hotel Ritz, en cuyo salón de fiestas se sirvió espléndido refresco. Entre la concurrencia figuraban las duquesas de Arión, Almazán, Santa Lucía, Híjar y Aliaga.

Las marquesas de Peñafior, Santa Cristina, Nerva, Palomares, Argüeso, Aguila Real y Revilla de la Cañada.

Condesas de Canga-Argüelles, Esteban y viuda de Egaña.

Señoras y señoritas de Gómez de la Lama, Meneses, Alvarez Capra, Kindelán, Angulo, Zabalza, Moreno, Varela, Barroso, Bargés, Arenzana, González Alvarez, López Dóriga, González de Gregorio, Alvarez de Toledo, Santamaría, Suárez Valdés, Araujo, Drake de la Cerda, Orfila, Urcola.

El duque de Tamames, el de Híjar, el de Aliaga, el marqués de Argüeso, el del Arenal, el de Elduayen, y muchos oficiales de Húsares de Pavía, compañeros del novio.

Los nuevos esposos marcharon ayer mismo a El Escorial, desde donde seguirán a las provincias del Norte en viaje de novios.

Sean muy felices.

La última fiesta. En el palacio de Medinaceli.

HUÉ un baile, un baile improvisado y brillantísimo. Este de la improvisación es, a juicio del cronista, uno de los encantos de toda fiesta; porque todo lo improvisado es espontáneo, y todo lo espontáneo tiene una fragancia deliciosa.

—Los Boldi se van mañana a Bilbao.

Esto se dijo y esto bastó para que por última vez se los quisiera escuchar y bailar a sus ritmos misteriosos. Los Boldi se han hecho los dueños de la música aristocrática. Qué ritmo, qué cadencia, qué elegancia...

—Bueno, pues que se vayan si se tienen que ir, pero antes...

En este *pero antes* estaba todo el secreto. Sonó el teléfono, volvió a sonar, sonó otra vez, y a la pregunta de «¿Quieres venir esta noche?», se respondía siempre: «Ya lo creo; encantado o encantada», según fuese él o ella.

Y a las diez y media de la noche ¡cómo estaba aquel palacio de Medinaceli!

¿Pero cuándo se ha preparado todo? ¿Qué magia es ésta que poseen los duques de Medinaceli para preparar fiestas?

No, ninguna; no hay magia; no hay sino que en el palacio de Medinaceli—como de grandes señores—todo está siempre dispuesto para todo. El jardín era una delicia; todo él se iluminaba que era un encanto; parecía aquello un ensueño; de cada árbol nacían cien

bombillas eléctricas de colores, que parecían ocultarse entre los árboles, dejando sólo verter un tenue y misterioso resplandor... ¡Oh, qué efecto más lindo!

Y al entrar en el palacio, en ese palacio al que escritores, aristócratas, políticos, artistas y poetas pueden llamar *alcázar de los recuerdos*, encontrábase ya, en las habitaciones del piso bajo, con la figura gentilísima de la duquesa. ¿Cómo vestía, cómo vestía? ¡Ah!, sí. Vestía precioso traje de crespón de seda, de color azul «noche». Se adornaba con gruesas perlas, y en la cabeza lucía una antigua peineta de brillantes.

Las obras de arte llaman la atención; es preciso mirarlas y admirarlas, pero... Pero aquella juventud que radiante de júbilo se dirigía al salón de baile, envuelta entre las gasas de sus vestidos, desviaban la mirada de los cuadros.

—¡Qué más cuadro que éste!

—Tiene usted razón. ¡Qué más cuadro!

Veamos, en primer lugar, a la infanta doña Beatriz, que fué de las primeras en llegar a la fiesta. ¡Qué puntualidad!

Vestía de blanco bordado en plata. Y con la animación propia de su carácter no cesó en toda la noche de bailar, teniendo por pareja a distintas personas.

—Su alteza nos da el ejemplo— decían las muchachas—. Pues a bailar.

Y en toda la noche cesó el baile.

—La última fiesta.

—¡La última! Hay que pronunciarlo con pena.

—Pues a bailar para que se olvide la tristeza.

Y los Boldí tocando y las parejas aristocráticas bailando, cuando se miraron los relojes... las cuatro.

¡Cómo pasaron las horas!

La concurrencia fué muy distinguida. De ella formaban parte las princesitas de Thurn et Taxis y de Ratibor, a quienes acompañaba la condesa D'Orsay.

Las duquesas de Santo Mauro, Montellano, Medina de Rioseco, Plasencia, Victoria, Ahumada y Almodóvar del Valle.

Marquesas de Santa Cruz, Viana, La Guardia, Hoyos, viuda de Hoyos, Valdeolmos, Villabrágima y Valdeiglesias.

Condesas de Agrela, Peñaranda de Bracamonte, Velayos y Vega de Ren.

Vizcondesa de los Antrines, y

Señoras y señoritas de Santo Mauro, Viana, Agrela, Beistegui, que lucía precioso traje brochado en plata; Alava, Camarasa, Dato, Portago, Osma, Rocamora, Santa Cristina, Caltavuturo, Monteagudo, García Prieto, Lécera, Cárcer, Muguiro, viuda de Muguiro, Téllez-Girón, Zulueta y Martos, y otras más.

También estaban los marqueses de Torres de la Presa, a quienes la sociedad de Madrid no veía desde hace algún tiempo, por residir en su casa de San Juan de Luz.

Asimismo asistían los ex presidentes del Consejo señores Dato y marqués de Alhucemas, el ministro de España en Bruselas, señor marqués de Villalobar, que en los breves días de su estancia no podrá asistir a todas las comidas preparadas en su honor; los duques del Infantado, Montellano y Plasencia; el alcalde de Madrid; marqueses de Monteagudo, Laurencín y Valdeterrazo; el conde de Peña Ramiro, el ex alcalde señor Prado y Palacio, el ilustre artista Mariano Benlliure, don Antonio de Hoyos y otros.

En distintos comedores se sirvió el *buffet*.

Al salir apuntaba por el horizonte la mañana del nuevo día. ¡Qué hermoso amanecer! Las flores del jardín, frescas y lozanas, comenzaban a despojarse del rocío.

—¡La última fiesta! —volvieron a repetir.

—¡La última, sí! Ha terminado la *season*.

FIN

Índice de crónicas.

	<u>Págs.</u>
De ti para mí	5
Octubre 1914.	
S. A. el Infante Don Fernando y S. A. la Duquesa de Talavera	11
La fiesta del Pilar en los salones	13
Las señoritas de Macías y los señores Melgar y Maycas	17
Noviembre 1914.	
San Carlos.—Nuestra tarjeta	23
Una pérdida dolorosa.—El Duque de Rivas	25
La inauguración del Real	31
Diciembre 1914.	
La inauguración de la Princesa	37
El día de la Concepción	41
Muerte de una gran dama.—La Marquesa de la Habana	43
Carmen Espinosa de los Monteros	47
Nochebuena y Navidad	49
Enero 1915.	
Año Nuevo.—Manolitas y Manueles.—En el Palace y en el Ritz. . .	57
En casa de la Marquesa de Squilache	61
Una fiesta de Arte.....	67
El Sagrado Corazón.—En casa de los Marqueses de Torrelaguna. .	69

	Págs.
Las noches del Real.—La Vix en <i>Manon</i>	71
En casa de la Marquesa de Squilache.—En la de los señores de González Alvarez	75
La Condesa de la Ventosa	79
Febrero 1915.	
Un té-concierto	85
En la Legación de Cuba	87
Festejando a un académico	89
La Marquesa de Campo-Fértil y el señor don José Beneyto.....	91
La Condesa viuda de Pardo Bazán	97
Un banquete y un concierto	99
La Marquesa de Aguilar de Campóo	103
El Carnaval en los salones	107
La señorita de Cánovas del Castillo y el señor Ardizzone.....	109
La Duquesa de Castro Enríquez.....	111
En los salones de la Marquesa de Squilache.—Una fiesta aristocrática	115
Marzo 1915.	
Un té del ministro de Bélgica.—Del beneficio de María Guerrero..	123
La Condesa de Bornos	127
El tresillo y el <i>bridge</i>	131
La Marquesa viuda de Donadio	133
Un concierto en la Princesa.—Escuchando a María Barrientos ..	135
La fiesta de San José en los salones	139
La señora de Allendesalazar.—En la Embajada de Inglaterra.—Vi- ñuelas.—Otras noticias	143
Viernes de Dolores	149
Abril 1915.	
En honor de un académico.—Un almuerzo.—En casa de lo señores Sarthou	153
Doña Manuela Díez Bustamante, viuda de Gallo	157
La señorita Rosario Comyn y el Marqués de Santa Cruz de Rivzulla	159
La Marquesa viuda de Villalobar	161
La Marquesa viuda de Villadarias	163
Mayo 1915.	
La Marquesa de Squilache, enferma	167

	Págs.
La Marquesa de Squilache.—Una gran pérdida	169
La señorita de Arcentales y el Conde del Vado	181
Junio 1915.	
En casa de los señores de Gimeno	187
El Barón del Castillo de Chirel	191
El Duque de Medina-Sidonia	195
En el palacio de Viana	199
En el Real Club de la Puerta de Hierro.—Palomita Falcó.—Un retrato	201
Dos bodas.—Muerte de la Marquesa de San Felices de Aragón..	205
La Duquesa de Almazán y don Alfonso Mariátegui	211
Julio 1915.	
La señorita de Santa Marina y el Marqués de Aranda	219
La señorita de Argüelles y don Ernesto Luque	223
El Rey en el estudio de Sorolla.—Un retrato del Monarca	225
Octubre 1915.	
La señorita de Tovar de Lemos y don Luis Escrivá de Romani.	233
Una petición de mano	237
San Rafael.—En casa de los señores Sarthou	239
La señorita de Garci-Grande y don Alvaro Sizzo-Noris	243
La Marquesa viuda de Vivel	247
Noviembre 1915.	
Un salón menos	253
En la Legación del Japón	257
En casa de los Marqueses de Torrelaguna	263
El Conde de Aguilar de Inestrillas	267
Diciembre 1915.	
La señorita de Atalayuclas y el comandante Bayo	273
Un concierto en el palacio de los Duques de Valencia	275
Los Reyes en la Embajada de los Estados Unidos	279
La señorita de García Prieto y el señor Sáinz de Vicuña	281
El Duque de Valencia	287
Nochebuena y Navidad.—En el Palace y en el Ritz.....	291
En casa de los señores de Mille	293

	Págs.
Enero 1916.	
La Condesa viuda de Vilana	297
La señorita de Groizard y el señor G. Romero de Tejada	299
La inauguración del Real	301
La señorita de Peña y el señor Cortezo	303
En casa de los señores de Márquez de la Plata	305
Febrero 1916.	
El Conde de Peñalver	309
Las noches del Real.—Anselmi-Vix	313
Concierto en Palacio	317
En el palacio de los Duques de Medinaceli	323
Marzo 1916.	
La señorita de la Ribera y el señor Piñán y Cossío	331
En el estudio de Benlliure	335
Boda de la Vizcondesa de Cuba con el señor Sánchez Ocaña.—Dos <i>asaltos</i>	339
La Condesa de la Vega del Pozo	343
La clausura de la caza.—Un <i>asalto</i>	347
La Marquesa de Bolaños	351
Los martes y los viernes del Palace	355
La fiesta de San José en los salones.—Un recuerdo.—En <i>La Huerta</i> . En casa de los señores de Sarthou.—Más felicitaciones	357
La señorita de Bugallal y el señor Fernández Barrón	363
La señorita de Castrillo y el señor Gamero Cívico	367
Abril 1916.	
Bethencourt	373
Rodolfo Gache	375
La Marquesa de la Coquilla	377
El Marqués de la Romana	381
La Duquesa viuda de Bailén	383
Mayo 1916.	
La señorita de Esteban Collantes y el Conde de la Torre de Cela ..	391
Pilar Cobo de Guzmán y Primo de Rivera	397
La señorita de Maluque y el señor Lizariturri	399
La Marquesa de la Vega de la Sagra y don Enrique Macpherson y Bonmati	401

Los lunes del Ritz	403
La señorita de Almenara y don Gabriel de Squella	407
Una conferencia de la Condesa de Bryas	411
Las comidas del Presidente. — En el hotel de los Condes de Romanones	415

Junio 1916.

Fiesta en el palacio de la Marquesa de Manzanedo	421
La señorita de Laffitte y el señor Roca de Togores	427
Arte y Caridad.—Una función de <i>Cuadros vivos</i>	429
Un baile, un banquete, una boda y un retrato	441
Fiesta simpática en el Ritz.—La Aristocracia y el Arte	447
Baile <i>blanco</i> .—Una boda.—Sarhou, senador vitalicio	453

Julio 1916.

Boda de la hija del Marqués de Pilares	461
La señorita de Gómez de la Lama y el señor Mariátegui	463
La última fiesta.—En el palacio de Medinaceli	465



Índice de láminas.

	<u>Págs.</u>
Su Alteza Real el Infante Don Fernando.—Su Alteza la Duquesa de Talavera	10
Grupo de la boda de SS. AA. en Fuenterrabía	12
Pilar Jordán de Urries y Ruiz de Arana	16
María de la Concepción y María Cristina Macías	17
El Duque de Rivas	25
La Marquesa de la Habana	43
Carmen Espinosa de los Monteros	47
La Marquesa de Torrelaguna	69
La Condesa de la Ventosa	79
La Marquesa de Campo-Fértil	91
La Marquesa de Aguilar de Campóo	103
María Cánovas del Castillo	109
La Marquesa viuda de Donadío	133
Doña María Bernar de Allendesalazar	143
Doña Manuela Díez Bustamante, viuda de Gallo	157
Grupo de la boda de la señorita Rosario Comyn con el Marqués de Santa Cruz de Rivadulla	159
La Marquesa viuda de Villalobar	161
La Marquesa viuda de Villadarias	163
La Marquesa de Squilache	169
Pilar del Arco y Cubas, Condesa del Vado	181
Doña Concepción Dahlander de Gimeno	187
El Barón del Castillo de Chirel	191

	Págs.
Palomita Montellano	202
Grupo de la boda de la señorita Purificación Basearan con el señor Castillo y Manrique de Lara	205
Soledad Ramirez de Arellano	207
La Condesa de Eril, Marquesa de San Felices de Aragón	208
La Duquesa de Almazán	211
Angeles Santa Marina, Marquesa de Aranda	219
Rosario Bernaldo de Quirós y Argüelles	223
S. M. el Rey Don Alfonso XIII (cuadro de Francisco Pons) ..	225
Mimi Tovar de Lemos	233
Doña Beatriz Esteban de Sarthou	239
Concepción Espinosa y Villapeceñin	243
La Marquesa viuda de Vivel	247
El Conde de Aguilar de Inestrillas	267
María Teresa de Ayguavives	273
Mimi García Prieto	281
El Duque de Valencia	287
Doña Concepción Cortada de Mille	293
La Condesa viuda de Vilana	297
Jesusa Groizard	299
Carmen de la Peña	303
Doña Rosa Echenique de Márquez de la Plata	305
El Conde de Peñalver	309
S. M. el Rey	317
S. M. la Reina	319
Conchita Ximénez de Sandoval	331
El niño Fernandito Roca de Togores y Maldonado	336
La Vizcondesa de Cuba	339
La Condesa de la Vega del Pozo, Duquesa de Sevillano	343
La Marquesa de Bolaños	351
La Marquesa de Argüelles	357
Pepita de Mendoza, hija de los Condes de la Corte	359
La Marquesita de Selva-Alegre	360
Carmen Bugallal	363
Margarita Fernández de Villavicencio	367
Don Francisco Fernández de Bethencourt	373
Don Rodolfo Gache	375
La Marquesa de la Coquilla	377
El Marqués de la Romana	381

La Duquesa viuda de Bailén	383
Manolita Collantes y Sandoval, Condesa de la Torre de Ceta....	391
Pilar Cobo de Guzmán y Primo de Rivera	397
María Teresa Travesedo y Silvela	399
La Marquesa de la Vega de la Sagra	401
Mercedes Martorell y Téllez-Girón	407
El Marqués de Castillo de Jara	409
La Condesa de Romanones	415
María Teresa Laffitte.....	427
De los <i>Cuadros vivos</i> .—La Marquesa de Mohernando.....	429
De los <i>Cuadros vivos</i> .—La Anunciación de la Virgen.—La Adoración de los Reyes.....	431
De los <i>Cuadros vivos</i> .—La Virgen de los Angeles.—Grupo de porcelanas del Retiro.....	433
De los <i>Cuadros vivos</i> .—Grupos de porcelanas del Retiro	434
De los <i>Cuadros vivos</i> .—Escena del <i>Quijote</i>	437
De los <i>Cuadros vivos</i> .—Palomita Montellano	439
De los <i>Cuadros vivos</i> .—Sansón y Dalila, canción de la Primavera..	440
Isabel de Carvajal y Quesada	443
La Marquesa de Amboage (cuadro de Anselmo Miguel Nieto)	445
Grupo de la boda de la señorita de Almanzora con el señor Fernández Campano	455
Don Rafael Sarthou	456
Carmen Auñón	461
Jacoba Gómez de la Lama	463

Este libro se terminó de imprimir
en Madrid el día 31 de Diciem-
bre de 1916, en el estableci-
miento tipográfico de
J. Blass y Cía.



Aunque en las cuartillas «De ti para mí», con que comienza este libro, se dice que la portada es obra de Juan Antonio Benlliure, no es así. Muy a última hora, el ilustre pintor y el autor de estas páginas han acordado, a propuesta del laureado artista, ceder ese puesto de honor a nuestra hermosa Soberana.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La Pecadora.

Boceto de comedia en un acto y en prosa.

La Boda.

Drama en un acto y en prosa, traducido al inglés por Grover Harrison, con el título de THE WEDDING.

Los Pretendientes.

Juguete cómico en un acto y en prosa.

Eclipse de sol.

Paso de comedia en un acto y en prosa.

¡Aquellas rosas...!

Poema escénico, escrito en homenaje al gran Chapí con motivo de la inauguración del Teatro de su nombre, en Crevillente (Alicante).

La vuelta de los soldados.

Poema patriótico, leído por su autor en el cuartel de María Cristina, ante el Regimiento Inmemorial del Rey, con motivo de las fiestas de su Patrona (1915).

Fiestas aristocráticas (1913-1914).

Colección de 52 crónicas de la vida de sociedad en Madrid, con 58 fotografías de Franzen, Kaulak, Siul y el conde de Caudilla. (Volumen de 327 páginas en 8.º prolongado: 10 pesetas.)

PRÓXIMO A PUBLICARSE

Bajo el Sol de Levante.

Crónicas.

EN PREPARACIÓN

Poesías.

